

E. MARTÍN CONTRERAS

LA  
REVOLUCIÓN AGRARIA.

Y

D. GERMÁN GAMAZO



PRECIO: 1 PTA. 50 CÉNTS.



MADRID  
IMPRESA DE ANGEL B. VELASCO  
-Calle de Pizarro, 11.

1893







LA  
REVOLUCIÓN AGRARIA

Y

D. GERMÁN GAMAZO

POR

E. MARTÍN CONTRERAS

CONDE DE LA OLIVA DE GAYTAN



MADRID  
IMPRENTA DE ANGEL B. VELASCO  
Calle de Pizarro, 11.

—  
1893



## A los Agricultores:

A las ligas agrarias, cámaras agrícolas,  
industriales y de comercio:

Para excitarlas á la unión, en defensa  
de nuestros intereses; y ante todo, á regenerar  
la Patria por el trabajo, la economía y el  
orden, dedica estas páginas

*El Autor.*





## INTRODUCCIÓN

---

Las clases productoras, recurriendo á procedimientos enérgicos para exigir á la administración pública orden, moralidad y economías; al defenderse de la opresión que las conducen á la ruina, no pretenden destruir ni demoler. Muy al contrario, aspiran á consolidar la obra de la civilización, equilibrando las fuerzas que la sostienen; restableciendo la armonía perdida por la absorción que contra los pueblos hacen las ciudades, por el abuso de los poderes, por el triunfo de

la molicie, por el abatimiento de todos, por la corrupción y el desorden.

Realizando estos propósitos, no combatiremos el progreso de las artes, ni la ostentación moderada de riquezas, ni las instituciones civiles y militares que consideramos elementos de la vida moderna.

Pero tantos inventos acumulados en poco tiempo por la ciencia, la industria y el arte, al determinar el más alto progreso material, producen atonismo en las fuerzas morales, desconcierto profundo que perturba la vida; y el malestar y la intranquilidad á todos alcanza.

Aumentan las necesidades y faltan los recursos: es que se multiplican los zánganos en la colmena social: es que van en progresión creciente los que cifran su bienestar, no en el trabajo, sino en negocios sobre la desgracia, la ocasión y la miseria; en el falseamiento de las leyes humanas y

divinas; en la prostitución del alma: es que el comercio se aparta de la voz de la conciencia, y la sed de los placeres nos devora. El lema de la sociedad actual es enriquecerse rápidamente, sin pararse en los medios: así corremos todos locos, arrastrándonos furiosos por la tierra, como si esta áspera corteza fuera el fin de la vida. Aquí queremos alcanzar la felicidad en un momento. No es el bajo matute del pequeño comercio el que mina los cimientos sociales: es el gran matute de ricos y poderosos; es el gran matute moral; el falseamiento de la verdad y de la justicia, rindiéndonos á la ambición, á la vanidad, al orgullo, á la indiferencia, á la incredulidad y á la apostasía.

Y en esta lucha sin fe, sin caridad, sin amor, todos caemos ya en el desaliento, agotando las fuentes de la vida.

El magistrado, el médico, el abo-

gado, el militar, desde el general al oficial, el príncipe y el duque, todos sienten malestar profundo; como el industrial, el labrador y el obrero. Si existen sabias leyes, desconfiamos de su ejecución; si á la juventud se la inculcan principios de moral y de justicia, pronto los olvida.

Nadie economiza; nadie se previene para las contingencias de la desgracia; y así la podredumbre social nos arrastra; así nietos de reyes imploran hoy caridad ante los tribunales; los crímenes aumentan; los suicidios crecen; los manicomios se ensanchan; los hospitales y asilos son insuficientes: ¡1.500 enfermos existen en el hospital general, y otros 1.500 esperan sitio donde se les recoja! Los presidios, á pesar de quedar impunes muchos delitos, no bastan á contener los criminales; y ya llegamos á creer que ese progreso material en que vivimos, es á costa de la relajación mo-

ral; á costa de la justicia que debe presidir á todo organismo social; á costa de la virtud y del honor.

Cierra el año 92 consumándose en el último día tres suicidios en Madrid, y convocando el gobernador representantes de las altas clases, á una junta magna, para arbitrar recursos extraordinarios con que combatir la miseria pública.—El año 93 también se inaugura consumándose otros tres suicidios.

Bajo el dorado cerco en que se encierran las ciudades, con sus espléndidos monumentos y museos, amenísimos parques y sus grandiosas calles de lujosísimas tiendas, ese es el fondo real que se oculta.

Infinidad de gentes, arrastradas de un modo ó de otro por la fascinación de un destino ó por el halago de placeres, la vida positiva para el alma y para el cuerpo, que llevaban cuidando sus propiedades heredadas, la

cambiaron por estos días, alegres sí, por el momento; pero que concluyen con la salud el y bienestar; hasta con el honor y la vergüenza.

Todos sentimos la gravedad del mal. Ahí están esas masas pidiendo el triunfo del anarquismo; ahí están los pueblos arruinados; ahí están también esa exuberancia de gastos, y el despilfarro del caudal público, como nunca; ahí están los crímenes y los suicidios; los manicomios repletos: ¡en el próximo de Ciempozuelos, que hace tres años no existían 200 desgraciados, hoy pasan de 600; en el de Llobregat, hay también la misma terrible progresión!... Y notad bien que en la mayor parte de los casos el carácter de la locura consiste en el encumbramiento de riquezas y de honores... porque todos soñamos en lo imprevisto, en lo irracional, en lo injusto.

Investiguemos ya sintéticamente la causa de tan grandes males, descu-

bramos los peligros que nos rodean, el desastre que nos amenaza, y estudiemos los medios conducentes, no á estirpar el mal, que el hombre nació condenado á sufrir sobre la tierra; á remediarle en cuanto la humanidad debe aspirar á su mejoramiento. *Sanabiles fecit nationes orbis terrarum*, dice el sagrado texto. Las naciones fueron hechas de condición sanable; de condición de mejorar: así, podemos luchar con esperanza para regenerarnos.

Graves y enérgicos serán nuestros procedimientos. La llaga social profundiza y corroe las entrañas: el bisturí hasta ellas ha de penetrar. Los miembros gangrenados, se les amputa para salvar el corazón.

---





# El engrandecimiento de las capitales y la ruina de los pueblos.

## I.

Esta es la triste verdad que nadie podrá desmentir: mientras los pueblos se arruinan, las ciudades se levantan como nunca: luego el engrandecimiento de las capitales es á costa de la ruina de los pueblos.

Atraídos por los procedimientos de las artes, por las comodidades que diariamente las ciencias industriales acumulan, por los espectáculos sostenidos por el Estado en parques, monumentos, jardines y teatros; por las fiestas que discurre la Administración, protectora de la vagancia, aquí vamos cobijándonos; y en los campos sólo quedan ya los

más heróicos, que luchan con desesperación, los más pobres, que aún conservan amor á sus penates; algunos usureros que se aprovechan del desastre general.

Nunca se vió mayor penuria en los pueblos; nunca se sintió con más fuerza la miseria en comarcas antes prósperas, nunca existieron más campos abandonados, viñas y olivares sin cultivo; nunca más fincas embargadas por no pagar los tributos, y nunca tampoco fué mayor el despilfarro del Erario público; nunca mayor en el lujo, el sibaritismo en la corte y en los grandes centros.

Sucédense aquí las fiestas unas á otras con cualquier pretexto: es necesario divertir y entretener al pueblo; las procesiones religiosas se las sustituye por procesiones cívicas ó militares. Para que al visitar un rey una Exposición tome caramelos, se le abonarán al fondista Fornos 2.000 pesetas; y al mueblista, por decorar dos ó tres puertas con el mismo objeto, 5.000. Al día siguiente llegará de los confines de España numerosa ofi

cialidad, á la que no se la puede pagar lo necesario para subsistir; pero que consumirá mil botellas de Champagne, gastando en dos días de fiestas 70.000 duros.

Y así se suceden estos exabruptos de la Administración, que provocan sublevaciones de tantos infelices que piden en vano pan y trabajo. No hay día en que no contraste terriblemente la miseria del fondo con esta vana exterioridad de riquezas mentidas de la superficie.

Leed, leed la prensa con atención, y veréis el fondo terrible que se descubre: todos los periódicos describen las grandes fiestas, los grandes despilfarros del Tesoro público; pero al lado, en la misma columna, relatan la triste situación de comarcas, antes prósperas que ahora sucumben de anemia y de miseria, la triste situación de miles de obreros que demandan trabajo en las ciudades.

¿Y hemos de ser tan insensatos que nos dejemos fascinar enloquecidos por ese estrépito halagador con que se nos envuelve?

## II.

¡Mirad qué asombroso cuadro! Desde el antiguo canal de Madrid, hasta los altos llamados ahora del Hipódromo, un ancho paseo, avenida, *boulevard*, como queráis llamarle, se desarrolla. Examinadle, que allí hallaréis una exposición esplendente de todas las maravillas y conquistas del gran progreso acumuladas en poco tiempo.

¡Cuánta riqueza! ¡Cuánta ostentación! Cuatro kilómetros, casi en línea recta, allí se desarrollan; y en ellos pudiera decirse que se encuentra el resumen de todos los esfuerzos de la inteligencia del arte y de la ciencia para edificar consumiendo; no para consumir edificando. Por todas partes monumentos. Las estaciones de los ferrocarriles, terminadas en estos días, abren tan singular exposi-

ción: construcciones ámplias ricas y hermosas. Seguimos discurriendo, y se divisan la Escuela de Caminos y Canales, el Observatorio, la Escuela de Artes y Oficios á medio hacer; ya descubrimos la singular columnata de Ventura Rodríguez que encierra los tesoros de la pintura y de la escultura. Allí mismo, el monumento de nuestras glorias nacionales. Se alcanza á ver una especie de Templo de Vestales, palacio de la Academia. Otro pórtico griego, grandioso, donde se custodian reproducciones del arte antiguo y donde hace muchos años, se consumen miles de duros inutilmente, por el capricho de un hombre. Otro monumento de elegante columnata corintia, donde se contratará sobre la Deuda pública; de donde diariamente surgirán grandes capitalistas de la nada, ó grandes desdichados arruinados.

No muy lejos, se descubre otro edificio también griego. Templo de las leyes, y de las trampas para las leyes. Al fondo, el gran mausoleo bajo cuyos sótanos yacen sepultados

tesoros perdidos para la industria, la agricultura y el comercio; tesoros suficientes para aplacar el hambre de los pobres, aumentar la prosperidad y el bienestar de los ricos, y elevar el honor nacional, derribando, por el trabajo, la ilustración y la inteligencia, el cerco ominoso con que nos envuelve hoy el extranjero, por la guerra comercial que nos declara.

Perfectamente situadas, coronando aquella altura, las modestas torrecitas góticas de la iglesia de los Jerónimos, parecen protestar de tanta exuberancia de arte pagano, revelando que nada puede subsistir sin la idea de Dios; anunciando que el corazón de un pueblo cristiano late sobre tanta magnificencia.

Crucemos ya esa famosísima plaza, de la más famosa fuente, causa de grandiosa abdicación. Sí; la Cibeles fué el grano de arena que derrumbó un coloso. Crucemos el palacio de la Guerra; su hermoso jardín, como no hay otro, por lo que vale, aunque para nada vale.

Calculad á cómo se estima el precio del terreno en ese sitio, por lo que pagó el Banco, y decidme si podemos consentir que un Ministerio tenga tantos millones empleados en jardín. Continuemos, y á derecha y á izquierda, veréis los palacios de los Panamás españoles; y otros Bancos, y más monumentos, y más exposiciones: y por fin, el gran *Sport*, el gran juego, la gran timba, hipódromo, ó como queráis llamarle, en donde los caballos y ginetes extranjeros reciben también del Estado los premios que exige el alto progreso.

¿Qué más pedir? Nos hemos *monumentizado* para todo. Para exhibir cuadros ó marrachos, monumentos; para jugar á la timba nacional, monumentos; para marchar á Alcorcón ó á Lisboa, monumentos; para custodiar papeles ó dinero, monumentos; para saber si esto lo escribiré con *h* ó con *b*, monumentos. ¡Oh! abandonan los maestros las escuelas de los pueblos, porque no se les paga su mezquina retribución, y los señores aca-

démicos, con millones que tenían recogidos de los libros vendidos á aquéllos infelices, elevan suntuoso palacio, cuando ya tenían otro. Tened sentido, y, puesto que el Estado os consiente la administración de esos millones, que no son vuestros, fundad asilos para los maestros ciegos é inutilizados que mendigan por las calles; fundad premios para el mérito y la virtud.

¿Sabéis lo que cuestan esos monumentos que semejan tumbas y mausoleos? El alma dolorida descubre un cementerio en medio de tantas riquezas.

Esas masas que hoy inundan las grandes poblaciones, y que, sin dar pan á todos, las empleamos en levantar palacios, en formar parques y jardines, van viniendo de los campos, de los pueblos en ruinas.

¡Oh! ¡Cuántos, cuántos que hoy arrastran la carretilla municipal, eran felices cultivando sus campos, llamándose propietarios, y hoy soportan esa carretilla agobiados por el hambre, esperando el momento de vengarse



de la sociedad. Sí, todos esos llegaron aquí, unos arruinados por el peso de las contribuciones y de los usureros, sin encontrar alivio ni amparo para sostener las malas cosechas, otros halagados por los placeres que en las ciudades les seducían. Y después que de un modo ó de otro contribuyeron con su dinero para engrandecer las capitales, ahora, despojados de su propiedad, tienen que prestar también su sangre, si no quieren perecer.

¿Combatimos nosotros la prosperidad de las bellas artes que nos elevan el espíritu? No, de ningún modo. Pero si el mal uso del dinero, si el lujo, si el desnivel entre lo que se produce y lo que se gasta, trae la descomposición, el desórden, la ruina y el aniquilamiento de las familias, exactamente igual, pero con mucha mayor trascendencia, el lujo de las naciones, de los Estados, el desequilibrio constante entre los ingresos y los gastos, la estenuación de las fuentes de verdadera riqueza para edificar monumentos, construir escuadras, sostener empleados

ineptos ó innecesarios, forzosamente tiene que producir la ruina y la descomposición social.

Madrid y las capitales, fomentando de ese modo las artes para recrear á unos, para fascinar á otros, si queréis, para dar pan á los obreros que allí empleáis, son el lujo desenfrenado del Estado, lujo en el que medran y prosperan rápidamente unos pocos, á costa del empobrecimiento de los más; lujo que, como en la familia conduce á la ruina, en el Estado conduce también á la consunción, á explosiones anárquicas, revolucionarias, á tiranías despóticas, y hasta á perder la libertad y ser sometidos á yugos extranjeros.

¡Ah! Leed, leed la historia. Roma y Atenas se engrandecían con mayor ostentación que nunca, cuando ya estaban perdidas; cuando los bárbaros del Norte y la sensualidad y corrupción, amenazaban concluir con aquellas sociedades sibaríticas.

Hace años que España camina á la ruina; todos reconocemos el peligro: el males-

tar y la desconfianza cunden. Y al terminarse esos monumentos, museos, bibliotecas, exposiciones, estatuas, bancos, bolsas, acorazados y cuarteles, hipódromos, palacios, teatros grandiosos, parques surcados de lagos y cuajados de estatuas; al alcanzar las costumbres refinamiento vergonzoso; al acumularse todas estas ostentaciones de vanidad, de orgullo y de lascivia; como Roma, como Grecia, nos precipitamos al abismo.

El hambre y la miseria nos amenazan con el anarquismo; los extranjeros, ya que no nos humillan con las armas, nos sitian por la guerra comercial; aceptando nuestro cambio, peor que si fuéramos turcos.

Vanas y ficticias son, pues, esas manifestaciones de grandeza, que léjos de llevarnos á la verdadera prosperidad, nos conducen á la ruina.

## La Agricultura y la cuestión social.

¿Dónde está el remedio? ¿Cómo restablecer la armonía y el orden perdido por las ambiciones de unos y la indolencia de todos?

La Naturaleza nos dotó de fuentes de prosperidad y de riqueza como la primera nación del mundo. La tierra, la tierra y el trabajo, el ideal de Colón sobre los tenebrosos mares, ese será la salvación de España. Los campos, las aldeas, las alquerías, las fábricas, las manufacturas, que hemos de levantar sobre esos inmensos despoblados; los cultivos y roturaciones que debemos realizar en tantos campos perdidos á toda producción; las grandes maniobras agrarias para la paz y la prosperidad; no las grandes manio-

bras para la guerra; no los museos, bancos, bolsas y acorazados.

Ya que todo lo estudiamos hoy del extranjero, debiendo de tener iniciativa propia, como la tuvieron nuestros padres cuando daban leyes al mundo; ya que queremos aprender de fuera, observad en qué se funda la prosperidad de los Estados Unidos y de las Repúblicas Argentina y del Sur de América; observad en qué fundan su prosperidad Alemania, Inglaterra y Suiza. Todo lo deben á la agricultura y á las industrias que por ella se sostienen. Las grandes ciudades formadas rápidamente como por encanto, antes que estos monumentos del arte que aquí nos rodean, construyeron manufacturas, almacenes, fábricas, talleres; crearon industrias. Hoy, las grandes ciudades del mundo son inmensos mercados en donde se acumulan los productos agrícolas para transformarlos de mil modos antes de llevarlos á la consumación. Comparad Madrid con Nueva York, con París y con Londres, siquiera con Barce-

lonã. ¿Dónde están aquí las fábricas y los talleres, las industrias que fomentan el comercio y la agricultura y la riqueza pública?

Cuando Madrid tenga vida propia, entonces, entonces rodeadla de monumentos y de parques que le embellezcan. No ahora, que para conseguirlo absorvistéis ya los jugos de la nación, reduciéndola á un ser anémico, sin sangre; á un ser encefálico, de gran cabeza, sin cuerpo que la sostenga.

¡Ah! Sí, pensad cuando os halléis ante esos grandiosos palacios, hoy terminados, que tanta riqueza es el cadáver, el cementerio de una nación noble y generosa.

El cementerio de miles de familias arruinadas, que mantuvieron hogares santificados por el trabajo, estrechadas por el amor, enardecidas en la fe de sus mayores, sostenidas por una propiedad venerada y respetada de generaciones en generaciones; y que ahora, sin hogar y sin Dios, aceptan ese pan para no morirse; esperando el día de vengarse de la sociedad que las abandonó, las despojó, las

fascinó, ó las sedujo con mil halagadores placeres.

Esas son las masas cada vez mayores, que llenan ya las ciudades; y que hay que devolverlas á su centro, redimidas y amparadas, para explotar los verdaderos veneros de riqueza abandonados.

Con la limosna y el pan, se sostendrá el hombre fiera; la familia reconstituye á los pueblos y les da energía y modos de existencia perennes

La agricultura es la base de toda riqueza y de toda industria que hay que fomentarla en primer término.

Con la agricultura floreciente, se establecerán las mil industrias que de ella se derivan; y después, en armónica proporción, las artes y las letras, podrán tener su desarrollo: siempre sobre la base de la tierra. Esa exuberancia de lujo artístico, en completo desacuerdo con las fuerzas industriales, fabriles y agrarias, es la fuente del anarquismo, que nos amenaza.

## La roturación de los montes y el progreso Agrícola.

Maravilla, espanta considerar cómo han emigrado multitud de gentes que iban á América á explotar las nuevas tierras, cuando España tiene millones de hectáreas abandonadas así mismas, esperando el arado y la azada que las remueva y las siembre, para producir exuberantemente.

No son las fincas olvidadas por los que no pueden ya soportar las crisis del mercado; no son las viñas y olivares que se abandonan por no corresponder el producto al coste de explotación: son numerosos montes que rodean á los pueblos, particulares y del Estado, ó de comunes, que no se roturan por capricho, por aprensión, por erróneas y funestas



preocupaciones, que tienen suelo fructífero, capaz de producir veinte veces más que abandonados á sí mismos. Ahora, en estos tiempos de penuria, los pueblos estudian los terrenos que les rodean; y en muchos que el suelo explotado apenas ofrece ya rendimiento, por estar esquilgado, sin habersele podido devolver por los abonos, los jugos sustraídos, encuentran terrenos vírgenes de gran riqueza, que explotados darían seguros rendimientos y ocupación á muchos que no tienen trabajo de ningún modo. Mas es imposible; unos son del Estado; otros de particulares; y ni el Estado ni los particulares secundan á la empresa beneficiosa para todos. Las roturaciones exigen adelantos, y no se presta más que á los agiotistas de la banca por medio del establecimiento privilegiado para aquél fin. Los particulares, los grandes terratenientes en Madrid ó en las capitales no se preocupan por mejorar sus fincas, y los pocos que pudieran hacerlo, prefieren emplear su dinero en títulos del Estado, que no

pagan contribución y tienen administración cómoda.

El miedo á las roturaciones, ese empeño en conservar los montes que tienen capas laborables, es el mayor absurdo agronómico que puede existir. Monte, es la naturaleza abandonada á sí misma; y el hombre tiene que corregir y modificar á la naturaleza. La naturaleza abandonada asimismo no produce al hombre lo que le ofrece con la ayuda de su brazo y de su inteligencia. ¿Por qué ese horror á las roturaciones, cuando roturación significa cultivo? ¿Es que los montes actuales no producirán más que pastos y el arbolado que naturalmente procrean? Falso de toda falsedad.

Hay infinidad de montes, propios y del Estado, que ofrecerían veinte veces más producto roturados, y que sostendrían á infinidad de braceros que hoy se refugian muertos de hambre en las ciudades. Prueba inmediata: en la provincia de Valladolid se contiene la despoblación de la zona del Duero, en las

inmediaciones de Tudela, merced á cuatro grandes montes particulares que se roturan en estos momentos, propios de la Sra. Condesa de la Vega del Pozo, de la Emperatriz Eugenia, de D. José Sánchez y D. Vicente Álvarez.

Allí, muchos obreros que antes se ocupaban en las viñas, ya abandonadas, encuentran medios de subsistencia, y los arrendatarios de las explotaciones, en la primera cosecha, obtienen rendimientos que remuneran sus trabajos.

En todas partes, en todas las zonas hay así infinidad de terrenos que están pidiendo cultivo; sólo en la provincia de Valladolid hay 50.000 hectáreas de montes del Estado, que producen un millón de reales, y roturadas producirían veinte millones, dando amparo y prosperidad á los pueblos aniquilados. Ese, ese es el filón, la mina por explotar para regenerar la familia y asegurar la prosperidad y el orden amenazados constantemente por los que no tienen pan ni hogar; y que ya

llegan á situación desesperada: ese es el fi-lón capaz á sostener la multitud hambrienta que todos los inviernos se refugian en las ciudades.

Aun tenemos que detenernos más. ¿Qué se teme por las roturaciones? ¿Que faltarán pastos; árboles maderables, y conductores del nitrógeno de la atmósfera; que los aluviones arrastrarán á los valles las capas vegetales y fecundas; que quedará la peña infructífera descubierta? ¡Vanos temores! Si la civilización alcanza alguna vez la meta sobre el mundo, el símbolo de esa civilización agraria será la destrucción de los montes. En el paraíso no había montes: eran vergeles, jardines, prados amenísimos.

Roturados los montes, estarán cultivados, labrados, sembrados; no servirán de guarida á los animales feroces que atacan á los ganados; no serán guaridas de toda clase de insectos que devoran las mieses y los frutos, de la langosta, de la lagarta y de la oruga de mil variadas especies.

Roturados los montes, acaso no habría vacas, cerdos ni ovejas que pastasen; pero con el producto de una hectárea en cultivo, se mantendrían en estabulación de 10 á 40 cabezas; mientras por lo que la naturaleza espontáneamente produce no se mantendrán más que dos. Roturados, en fin, los montes de suelo fecundo, allí, allí esas masas que hoy amenazan á las ciudades, no sólo tendrían pan para el momento, sino que la familia se constituiría bajo el ala del interés, de la propiedad, del amor y del sentimiento religioso.

La roturación de los montes, es un factor importantísimo para la solución del conflicto social en España. La tierra, sólo la tierra, la fuente de toda prosperidad y de toda riqueza, es la que alimenta al hombre y con sus productos modificados por la industria y por el arte, le viste, le calza, le adorna, le recrea, haciéndole capaz de cumplir su destino formando la familia, sosteniendo la sociedad, creando la patria.

La tierra, la tierra, que ha de recibir

nuestro cuerpo mortal, es la señora de nuestra vida, á la que hay que acariciarla y cultivarla para sostener nuestra existencia, nuestra salud, nuestra tranquilidad, nuestro bienestar; para contener nuestras pasiones, y reprimir los instintos de la sensualidad y de la concupiscencia.

¡Ah! cuando las flores sembradas por nuestras manos abren su hermosa corola; cuando los árboles por nosotros labrados nos ofrecen después del penoso invierno sus sabrosos frutos; cuando las mieses por el sol doradas llenan los campos, anunciando ya la hora de la recolección, entonces, en los pobres hogares de los pueblos y de las aldeas cesan las penas y los sufrimientos, se calman los dolores, reina la alegría y la paz en los espíritus, y olvidando odios y rencores, corren todos risueños á cumplir la sagrada ley de Dios con que fuimos un día condenados.

La tierra que nos ha de recibir en su seno, es la que puede conservar el orden y la

justicia en la sociedad por la ley del trabajo. Estas perturbaciones, estos trastornos, estas ansiedades y temores que nos rodean, tienen su base en los que viven fuera de la ley humana y divina; fuera de la ley divina de comerás el pan con el sudor de tu rostro. Fuera de las leyes humanas, dejando de cumplir sus preceptos taxativos, relegando el honor, las virtudes que les infundieron, los principios que les enseñaron, malversando caudales, despreciando la voz de la conciencia que les acusa y les condena.

¡Ah! los grandes terratenientes ante la cuestión social que nos amenaza, son los llamados en primer término á salvar el peligro y la catástrofe.

Vosotros, vosotros debéis de dirigir este movimiento para regenerar á España por una buena Administración; vosotros sois los primeros que debéis formar en las filas de la guerra agrícola contra la Administración inmoral y corruptora que nos consume. Sabedlo: esos caudales que empleáis en fomentar



costumbres extranjeras, en proteger artistas ó industriales extranjeros, los debéis á vuestra patria. Casi todas las fincas están abandonadas á sí mismas. Esos capitales que tan inútilmente gastáis, allí deberíais emplearles para dar trabajo al que no lo tiene; y para aumentar vuestra renta, por el mejoramiento constante de la propiedad.

Así hacen los grandes propietarios en Inglaterra, Francia y Alemania; así los Estados Unidos y otras naciones nos inundan de productos, y así se levantan talleres y manufacturas donde amparar al proletario.

Sabed que la tierra es un dón de Dios como el agua y el aire; y que ya constituida en propiedad, la sociedad exige que uséis de ella justamente. Si por vuestro capricho, ó vuestros vicios, desatendéis esa propiedad y allí no se brinda al obrero con el trabajo, para producir los debidos frutos, seréis justamente despojados.

Por la ley de Minas, se despoja al poseedor de un terreno que no quiere ó no sabe



explotar el filón allí existente ¿Pues qué más filón perdido que terrenos que ofreciendo gran fecundidad no se les explota debidamente? En terrenos secanos, he visto muy cerca brotar caudalosa fuente que podía regar grandes y buenos términos; y el propietario, no necesitando de nada, dejaba perder aquella riqueza natural, capaz de producir la prosperidad de la comarca.

Pues el derecho de propiedad no debe amparar la tiranía ó el capricho bestial de un insensato, contra el bienestar de todos. Como en la ley de Minas, se les despojará de su filón abandonado.

Empezando por los montes públicos, concédanse cuantos terrenos pidan los pueblos, sujetándoles al pago de una contribución; obligando á conservar cierto número de árboles: así el arbolado raquítico y torcido, se hará hermoso, grande y lozano, saneado por los aires y meteorizándose la tierra por la labor recibida. Así en las dehesas cultivadas en la provincia de Salamanca, el arbolado ofre-

ce mayor desarrollo que donde no se labra el terreno. Aun llegando á descuajar, en donde lo permita la calidad del suelo el arbolado, los cereales cultivados elaborarán la descomposición del ácido carbónico, lo mismo que las hojas de los árboles: y en cuanto á que los aluviones arrastren las capas vegetales, desnudando la peña, sucederá en aquellas pequeñas porciones, que hay medios de librarlas de ese peligro: ó bien se quedarán sin roturar.

Desvanecemos por todos los medios esa preocupación contra las roturaciones: por regla general, sentemos que la roturación es el cultivo; y que el hombre con su inteligencia y trabajo, modifica, corrige, perfecciona y mejora á la naturaleza.

Guerra á los montes de suelo laborable y profundo: consiéntanse las roturaciones donde se pidan, bajo ciertas condiciones, porque el hombre no quiere trabajar en balde; y allí donde levante su brazo, llevará riqueza, prosperidad y bienestar, siempre que conten-

ga sus viles pasiones sujetándose al cumplimiento de las leyes.

En esas dunas, como las de Francia, mares de arenas muertas que circundan muchas comarcas de Castilla; en esas cordilleras y mesetas calcáreas, eriazas y sin producto alguno, que cruzan la Península en varias direcciones, ahí es donde nos toca hacer la obra maravillosa que Napoleón hizo en las Lanzas francesas; ahí es donde el cuerpo de Ingenieros de Montes debe trabajar. No en sostener esos territorios de pastoreo y de leñas muertas, que abiertos por el azadón y el arado, producirían veinte veces más que lo que hoy producen.

La Duquesa de Medinaceli, entusiasta protectora del progreso agrícola é industrial, está dando ejemplo de lo que debiera realizarse inmediatamente en todas esas abruptas cordilleras de difícil cultivo. Allí, en una áspera é ingrata región del Guadarrama, ha formado hermoso oasis, de buenos rendimientos, que á la vez que de elocuente ense-

ñanza, sirve también de acusación á nuestra negligencia, incuria y abandono.

Seis millones de hectáreas, aproximadamente, existen en España de montes del Estado; y el cuerpo de Ingenieros declara que cuatro millones se pueden entregar al cultivo; es posible que de dominio particular existan más de cuarenta millones, también cultivables. Si cincuenta mil hectáreas, en la provincia de Valladolid, solo producen de monte un millón de reales; y según personas peritas, bien conocedoras de aquel terreno, en cultivo producirían veinte millones, hágase la cuenta del producto perdido en esos cuarenta millones de hectáreas, y consideremos ahora si podemos contemplar con calma, que lleguen todos los días barcos con trigo de América; si debemos consentir que emigren nuestros hermanos para roturar selvas americanas.

No, una administración sabia, justa y económica, procederá inmediatamente á favorecer la explotación de aquella riqueza,

por la que sostendremos la competencia con esa guerra comercial que nos asedia. Las naciones vecinas rechazarán nuestros vinos mientras no sepamos mejorarlos; pero no rechazarán nuestros trigos, nuestras carnes. Mucho trigo americano y asiático que consume Europa, podrán sustituirlo con trigo español, con carnes españolas, si una Administración prudente y justa nos gobierna. Si sabemos trabajar, si sabemos explotar esas minas de la naturaleza, esos veneros, empleando la inteligencia y el dinero que hoy consumimos en festines, en proteger artistas extranjeros, en sostener un lujo irracional. Si el Gobierno deja de favorecer las artes ruinosas; si deja de fomentar el ejército, la marina y las carreras científicas, diplomáticas y literarias, que constituyen ya infinidad de centros innecesarios, nidos de parásitos adormecidos y degradados al calor de los caudales públicos; si la Administración, en fin, en vez de combatir constantemente el desarrollo agrícola é industrial, por con-

tribuciones siempre crecientes, emplea todas aquellas sumas en fomentarle y protegerle.

Hay que abandonar la vida regalada de las ciudades y volver todos á la vida del trabajo. Se acabaron los frutos espontáneos de la naturaleza: removamos nuevas capas de la corteza terrestre. Los que se mueren de hambre en las ciudades, que vayan á roturar los montes; los empleados innecesarios ó ineptos, que aprendan á conducir máquinas; y los señores, que recorran sus fincas, estudien sus mejoras y contribuyan con parte de su capital al bien común, á la prosperidad de la patria, á la que deben la vida. Seréis dignos de la exacración pública, los que contribuyáis á nuestra ruina, mandando vuestros caudales al extranjero.

Aprendamos de Suiza, que hoy organiza poderosa liga para resistir la guerra comercial con que Francia, como á nosotros, la provoca.

Al entregar los montes públicos el Estado á los que quieran trabajar, favorecerá ante

todo la indigencia. De ningún modo consentirá que puedan acapararse por gentes ricas ó influyentes. La ley atenderá ante todo á subsanar este peligro, pues entonces, el efecto sería contraproducente. La pequeña participación que hoy obtienen los pobres en la producción espontánea de los montes, dejarían en aquel caso de tenerla. Este peligro ha sido lo que hasta aquí ha contenido á la Administración para hacer repartimiento de montes. Pero este obstáculo, que con una ley sabia y enérgica ha de remediarse, no será causa para que permanezca por más tiempo tanta riqueza abandonada, cuando en ella hoy debemos hallar remedio á nuestras desgracias.

Y si un día llegamos á completar la obra de la desamortización, vendiéndose los montes públicos, téngase bien presente que si la división de la propiedad ofrece desventajas, la propiedad acumulada ofrece muchos más inconvenientes. Al venderse los montes, que los pueblos declaren si deben hacerse porcio-

nes; y, por regla general, creemos que vendrá venderles casi todos en lotes á lo más de cien hectáreas: así se protegerá al trabajador, al pobre en primer término; la nación obtendrá mas rendimientos; y el interés público saldrá mas beneficioso que dejando acumular el territorio en pocas manos.

Y si por estos medios llegásemos un día á una producción exuberante, no nos detengamos: que no queremos que los precios se eleven por la escasez. Aspiramos á que se abaraten los productos, obteniendo nosotros mayor remuneración del trabajo, consiguiendo que la tierra nos ofrezca el máximo de producción, auxiliándonos de los progresos de la química y de la mecánica, y adelantando las fuerzas y los capitales necesarios, y secundados por Gobiernos prudentes y justos. Así sostendremos la lucha con el mundo; que aún poseemos espléndido sol, suelo fecundo, fornido brazo y altiva frente para vencer á los que intenten humillarnos.



## El crédito Agrícola.

Cosa inaudita: el Banco de España que vive y se sostiene al amparo de enormes privilegios, y que por abusar impunemente de ellos nos ha conducido á esta situación financiera, en sus billetes de más valor, en los de mil pesetas, nos representa una alegoría de la agricultura, simbolizando que la acoje bajo su protección. ¿Cómo? ¿Cuándo, si por todos los medios la combate? ¿De qué sirven esos caudales ciertos ó ficticios allí acumulados, para favorecer la propiedad rústica? ¿Nos prestáis bajo alguna forma á grandes ó pequeños propietarios con la garantía de esas fincas? ¡Nunca! En veinticuatro horas daréis el 80 por 100 con módico interés sobre títulos de la Deuda, que muchas veces representan

valores ilusorios; mas los títulos de propiedad que representan dehesas, bosques, huertas, fincas de positivo valor, que tributan al Estado con crecidos impuestos, y que su renta está garantizada muchas veces por escrituras hipotecarias, todo eso, es letra muerta para el Banco que no presta más que sobre aquellos valores iguales á otros que en un día dejaron de serlo. ¿Entonces, para qué la hipocresía de fingir esa mentida protección á la agricultura y á la industria? El crédito agrícola debe fomentarle y ampararle el Estado: nuestros títulos son mil veces más respetables que los de la deuda. Y la base para establecer rápidamente el crédito agrícola debe ser la misma que existe para el crédito sobre aquéllos valores. Con una certificación del registro de la propiedad; con los recibos de la contribución; con las escrituras de arrendamiento, cuando las haya; más los títulos que quedarían depositados en el banco, como garantía del crédito; con sólo esto, debe ser bastante para que en cuarenta y

ocho horas se preste, no el 80 por 100, como en aquellos valores; con el 40 por 100 es bastante. Pasando nota el Banco al registro de la propiedad para que se registre la finca así grabada.

Mas no basta esto. Considerando nosotros peligroso el crédito por su abuso, y aspirando solamente á que se proteja por el crédito al industrial honrado capaz de emprender mejoras seguras y fáciles, ó al labrador desdichado que sufrió peste en sus ganados, incendio ó pedrisco en sus campos, tendremos juntas ó tribunales que declararán si es conveniente conceder el préstamo pedido con aquellas garantías, ó si se debe negar por no existir aquéllas razones para concederlo. Así el crédito fomentaría el bienestar y la prosperidad agrícola, industrial y fabril.

En estos momentos se dice, que el señor ministro de Fomento, se ocupa de la creación de un Banco Agrícola Hipotecario. Antes que nada, pedimos que su organismo se sujete á bases sencillas; que en nada se pa-

rezca á esos otros Bancos Hipotecarios que absorven grandes sumas para directores, administradores, consejeros; y que anunciando pomposamente que prestan á rédito bajo, después resulta falso lo que anuncian. Nuestra antigua institución de los Pósitos, restaurándola con nuevos elementos, dotándola de los capitales necesarios, sería suficiente para proteger y amparar al labrador pobre, que es quien más consideración merece. Para adelantar capitales á las grandes empresas agrícolas constituídas con garantías propias, para esas, por medio de un Banco se movilizaría la mitad de la riqueza reconocida, como el Banco de España moviliza los valores que representan los títulos de la Deuda. Creemos, que el mismo Banco de España serviría para este objeto, destinando á ello parte de su capital.

¿Qué beneficio reportan á la nación los préstamos que hace sobre los títulos de la Deuda? Esas sumas no se emplean nunca en fomentar industrias ó intereses generales,

sirven para agiotajes, ó para despilfarros y festines. Establecido el crédito agrícola de aquel modo servirían para evitar la ruina de los labradores y de los industriales modestos; para ampliar y mejorar los cultivos; para fomentar la riqueza nacional.

Todas las clases tienen establecimientos benéficos, públicos ó levantados por iniciativa particular, para salvarlas de la usura, por donde siempre comienza la ruina, en un momento dado de desgracia ó de infortunio. En las ciudades, los montes de piedad con rapidez sigilo y economía, dán dinero en el acto al rico, sobre sus alhajas, sus muebles ó sus cuadros; al pobre sobre sus vestidos; al comerciante sobre los artículos de su profesión; al empleado sobre sus sueldos. El ejército pronto tendrá su Banco especial. Los valores públicos ya sabemos cómo les ampara y protege el Banco nacional. Hasta la propiedad urbana, en el Banco hipotecario, y en otros establecimientos privados, se la acepta rápidamente como garantía de créditos de casi todo su valor.

Sólo el labrador está desamparado y huérfano de toda protección; sólo el que pide dinero para trabajar, ofreciendo la garantía más sólida y perenne, sólo el que pide para favorecer á muchos, para sostener la producción nacional, sólo el labrador, como no tenga algún amigo generoso, no encontrará Bancos ó montes de piedad, Cajas públicas donde remediarse, y tendrá que caer en brazos de los usureros. Si ese dinero que de aquel modo se presta para fomentar vicios ó concupiscencias, hubiera servido para amparar á las clases agrarias, é industriales, muchas fincas hoy perdidas y abandonadas serían veneros de riqueza; muchos de esos arapientos que hoy piden limosna, sin familia ó sin hogar; muchos de los cobijados al amparo del Estado con esas nóminas fomentadoras de la vagancia; muchos de los que arrastran la carretilla municipal, serían hoy propietarios, ciudadanos útiles á la patria como antes lo fueron.

El crédito agrícola, en la forma que bre-

---

vemente hemos expuesto, con las variaciones que un estudio más sabio y detenido aconsejen, será una de las primeras páginas que grabaremos en la obra de la revolución agraria. Es irritante, inicuo, injusto, que el Estado consienta privilegios á bancos ó sociedades para que presten con aquellos fines sobre valores muchas veces ilusorios ó inestables; y el labrador, y el propietario de la tierra, no encuentre dinero rápida y fácilmente. Bajo aquellas mismas bases se establecerá el crédito agrícola. ¿Que la ley hipotecaria, ú otras disposiciones se oponen á que puedan practicarse rápidamente aquellas operaciones? Por una votación, en una hora, desaparecerán todos los obstáculos; y la justicia y la razón triunfarán sobre el exclusivismo y la corrupción.

---

## La riqueza oculta, y despilfarro oculto y visto.

### I.

Dá risa leer todos los días en los periódicos que, con el descubrimiento é investigación de la riqueza oculta, se salvó la patria. Hoy mismo, *La Correspondencia* dice, que no puede ser que sólo haya en la territorial mil millones de riqueza imponible. Y siempre con la riqueza oculta: claro que la hay, y mucha; no nos oponemos á que se investigue rigurosamente. ¿Más y el despilfarro oculto y visto? ¿Y el despilfarro de la administración en emplear cantidades injusta, ilegal é innecesariamente?



Queremos, sí, una administración que descubra, y castigue, y persiga al que no pague lo que las leyes dicen que debe pagar.

Pedimos la persecución de la inmoralidad y del matute en todas las esferas y en todas las clases. Esa administración rigurosa, es la que favorecerá al labrador, al industrial trabajador y honrado, al pobre desamparado. Por que sabedlo: las ocultaciones existen en grandes propietarios que han sostenido muchos años su influencia política para defender sus propiedades de toda fiscalización. Muchos hombres públicos tienen sus fincas sin tributar debidamente. En muchos, arranca la base de su fortuna, de propiedades del Estado compradas por tasaciones y remates ficticios, realizados por empleados de su hechura y de su confianza. La clase agraria, en general, desea esas investigaciones, porque por ellas, la justicia se restablecería en esta parte. ¡Mas qué desengaño sufriréis los que creais que por el descubrimiento de la riqueza oculta, se salvará la crisis y el conflicto!

Por que algo podrá aparecer por esas investigaciones. Pero ¿y lo que vais á tener que rebajar por lo que se cobra de más? ¿Pues qué, investigando la riqueza actual imposible, no tendréis que eliminar todo el viñedo, y muchos olivares perdidos? ¿Pues no sabéis, que las viñas se las abandona ya en muchas partes porque no hay quien compre su producto, habiendo bajado en dos años un 400 por 100 de su valor? ¿Y queréis que las viñas tributen como antes que valia el vino á cuatro pesetas, cuando ahora solo vale á peseta: y en cuántas partes no encuentran comprador ni áun á ese precio? A dos reales se ha vendido en la ribera del Duero en la parte de Aranda este año.

Eliminad, pues, toda la riqueza impuesta á los viñedos; porque ya nada producen. El que más, en estos años, habrá conseguido sostener los gastos; dando las labores indispensables: casi todos quedaron empeñados.

Quiera Dios que el mal se remedie pronto; que si no, regiones enteras abandonarán

la explotación; y esas masas de hombres que allí se sostenían, necesariamente caerán sobre las ciudades, exigiendo su derecho á la vida de cualquier modo.

Es insensato pretender que se aumentará la riqueza imponible por aquella investigación. Se descubrirán, sí, muchos que no tributan debidamente, y que viven en palacios en las capitales; más hallaréis infinitos que viven en chozas, y que pagan por aquéllos. Hay muchos que tributan por otros. No diré yo que algunos ricos indolentes ó generosos no paguen por el pobre; pero ordinariamente, sobre el labrador modesto, ó indigente, pesan los recargos que los diputados, senadores, alcaldes, ó caciques, con su influencia evitaron.

Esta revolución agraria, cuando en las Córtes tenga quien la sostenga, nombrará su comisión gestora, que á la par que la administración declare la riqueza oculta, señalará y perseguirá el despilfarro oculto y visto. Por los dos caminos, restableceremos el orden

moral, y conseguiremos las economías justas y necesarias. No solo ésto: llevando nuestros representantes la misión jurada de favorecer por todos los medios la industria agraria, también ayudarán y secundarán enérgicamente á la administración, para delatar riquezas ocultas que no tributan defendidas por sindicatos, ó por subvenciones á altos personajes, á calidad de consejeros ó administradores. Veremos si las grandes sociedades ferroviarias, ó financieras, si los bancos, los tranvías y todas esas empresas que reparten grandes sumas á sus consejeros, exministros y ministros, que subvencionan periódicos para defenderlas, veremos si pagan como nosotros. Y en cuanto á los accionistas de los bancos, y los rentistas del Estado, les acusaremos de disfrutar de una renta que representa riquezas sin tributar. Y pediremos la imposición de la contribución correspondiente.

Si; la riqueza oculta y el despilfarro revelado y perseguido, serán grandes elementos para levantar la moralidad; para amparar al

industrial y al labrador arruinados; para favorecer á las clases proletarias ofreciéndolas trabajo; para contener el anarquismo negro, que nos amenaza alentado por el anarquismo blanco de la inmoralidad de arriba.

¡El despilfarro! ¡Oh! ¡Clama á Dios, y nos apura ya la paciencia! Esos caudales arrancados al labrador y al industrial, que llevan existencia miserable en los campos; esos caudales sagrados que se recaudan en pueblos en ruinas y desolados, se le reparten aquí, en los grandes centros, para vicios, concupiscencias y corrupciones.

¡Cuántos, siendo hijos, sobrinos, amigos ó nietos de exministros ó personajes, se creen con derecho perfecto á percibir sueldos por pasearse!

Cuando acudís á una oficina, ¿no os sorprende infinidad de porteros, ordenanzas, mozos, alguaciles, con más relumbrantes galones que generales, dormitando al pie de las estufas?... Y cuando después de hacerlos esperar largo rato, si no os hacen volver muchas

veces porque no están los oficiales que despachan el expediente, al fin conseguís penetrar en las oficinas, ¿no os asusta aquél personal que no cabe en las salas, y que unos leen su periódico protector; otros toman café; otros forman tertulias; otros trabajan allí en sus asuntos particulares; y que sólo algunos, algunos, los más viejos y de menos sueldo, llevan el peso de la dependencia?

Este es el cuadro irritante, provocador, de la mayor parte de las oficinas públicas de España, principalmente en Madrid. Y honrados jefes conozco, que indignados contra los empleados ineptos y viciosos, quisieron barrerlos: mas en vano, todos resultaban recomendados por los prohombres de los partidos ó por caciques poderosos. Así resulta ya el Erario público caja de protección para la ineptitud ó la vagancia; asilo de mendicidad donde el arruinado, por sus vicios ó por sus desgracias, se covija; rémora, pesada carga, obstáculo terrible para la nación que la soporta, consumiendo fuerzas y riquezas ne-

cesarias á promover la prosperidad y el bienestar público.

Para dar cabida á tantos empleados, todos los días se inventan nuevas ruedas que complican incesantemente la administración; nuevos centros; nuevos asilos, llámense escuelas, academias, exposiciones, cabildos, juntas consultivas, direcciones, consejos, tribunales, etc.

En todas las calles de Madrid hay palacios por los que paga el Estado seis ó diez mil duros de renta, ó que su valor lo representa; y sólo sirven para que habite algún jefe de administración, algún general, coronel, ó exministro.

Desde donde esto escribo, contemplo un palacio por el que, antes un particular pagaba dos mil duros de renta: y ahora el Estado paga cinco ó seis. En los presupuestos figura suprimida la escuela militar en él establecida: pero la renta se paga como antes de suprimida.

El despilfarro en guerra y marina, en los

últimos años, ha crecido de un modo inaudito. ¡Cuatrocientos generales, con veintitres mil oficiales, para ochenta mil soldados, descontando sargentos y cabos! ¿Qué país aguanta esto?

Para formar idea del despilfarro en los últimos años en el ejército, citaremos un hecho vergonzoso. Hallándonos en plena vendimia, entre cincuenta vendimiadores, mandé escojer el más fuerte para un trabajo extraordinario que ocurría en aquel momento. El elegido era pensionista del Estado, exsargento licenciado, en lo mejor de la vida, ¡con cien pesetas mensuales! ¡Mil doscientas al año por retirarse á su casa para no hacer nada! Toda la contribución de la mejor finca de la comarca no bastaba á pagar el licenciamiento de un soldado.

Si estas enormidades se vén en la clase de tropa, ¿qué sucederá en la de oficiales? Pues se llega hasta lo absurdo. Muchos oficiales, al retirarse del servicio, alcanzan entonces más sueldo que cuando trabajaban,



¿Qué país es este? ¿Qué uso se hace del dinero arrancado al agricultor y al industrial?

¿Qué decir de nuestros acorazados de noventa millones de reales, de nuestros astilleros, de nuestra marina cortesana anclada, para *in eternum*, sobre Madrid? Se crea un barco imaginariamente, y surge su dotación completa con sueldos, sobre sueldos y gratificaciones, aunque el barco tarde seis años en ponerse á flote.

Las exigencias, la absorción, las imposiciones de guerra y marina, cada vez han sido más irritantes. A la voz general de economías y moralización, responden con grandes fiestas, con nuevas demandas. El partido conservador puede vanagloriarse de haber establecido, por vez primera, las grandes maniobras militares. La guerra, que es lo desconocido, lo inesperado y lo imprevisto, se la ensaya así, sujetándola á plan conocido: son, pues, esas grandes maniobras tramoyas teatrales, que sólo sirven para perder tiempo y gastar inútilmente. Absurdos, basados en

el servil espíritu de imitación. Porque Francia, Alemania y Rusia las tienen, ¿también las hemos de tener nosotros? Aprecien ustedes las condiciones de la acción completa. El enemigo supuesto en las maniobras francesas, es Alemania; en las alemanas, es Francia, porque las dos y Rusia se hallan en constante peligro de guerra. Así están armados al brazo, contando sus fuerzas para si llega el momento. Y en nuestras maniobras: ¿cuál es el enemigo supuesto que combatir? El de fuera, es ilusorio: el enemigo somos nosotros mismos, que perecemos de anemia y de corrupción. El peligro inminente, es la descomposición que nos mina, porque nos arruinan los gastos ilógicos é innecesarios, como las grandes maniobras militares, decretadas por instinto de imitación. Pues, qué: ¿necesitaron nuestros generales y nuestros soldados grandes maniobras para vencer á Napoleón, para vencer en Africa y en Cuba? La instrucción ordinaria fué siempre bastante. Francia, Alemania y Rusia, amenazadas de guerra, pue-

den tener lógicamente esas maniobras: en nosotros, es un absurdo. Y pues ha dicho Martínez Campos, que estas, fueron un pequeño ensayo de lo que han de ser en lo sucesivo; nuestros representantes en las Cortes; combatirán, decididamente, semejante desatino y despilfarro.

## II.

Despilfarro é inmoralidad en todo. ¿Es lógico, racional y justo, que el trabajador lleno de privaciones y de miseria, sostenga las diversiones, los espectáculos y las fiestas de la aristocracia y de las clases acomodadas que viven de su renta? Pues aunque naciones republicanas como Francia, sostengan palacios y monumentos á costa del Erario público, para que París se divierta, eso es la más inicua injusticia, la más grande inmoralidad. Ya se inventan sofismas para explicar

lo absurdo: más en vano. El arte debe tener vida propia, emancipado del Estado: á lo sumo, se comprenden academias y escuelas que le enseñen y le dirijan con profesores públicos: ésta es la protección lógica del arte y de la literatura, necesaria para la civilización y el progreso. Pero sostener edificios, como el teatro Real, que costó y vale muchos millones, para que los ricos se diviertan; favorecer exposiciones de perros y gatos, concediendo premios y dinero; acojer, bajo su protección, las carreras de caballos, en donde se juega el dinero como en la ruleta; subvencionar la publicación de periódicos y de libros, á capricho de un ministro; todo esto, lo abolirá la revolución agraria.

El teatro Real y el Hipódromo, se venderán al mejor postor; y que se divierta el que quiera y el que pueda.

En un artículo que escribí en *La Correspondencia de España*, dije, que el teatro Real estaba subvencionado por la nación: y el empresario contestó muy altivo, que no lo

---

estaba, puesto que lejos de eso pagaba de renta diez ó doce mil duros. Mas, como vale de quince á veinte millones de reales, vean ustedes qué renta tan justa: sin contar con que todos los ministerios le asignan una cantidad, casi equivalente á aquella renta; sin contar, con que en obras y mejoras todos los años se gasta más de lo que renta. Ahí está la gran fachada que se acaba de levantar en la plaza de Oriente, que no habrá costado menos de un millón; y digamos que esto no es subvención; y digamos que esto no es derroche en cosas inútiles, injustas, pecaminosas. Y conste, que no nos oponemos á que haya teatro Real é Hipódromo, y cuantos espectáculos quieran; pero que se sostengan por los que se divierten: no por los que no pueden disfrutar de esos espectáculos (1). El teatro Real y el Hipódromo se venderán, y con su importe, se construirán escuelas,

---

(1) El que esto escribe, es asiduo concurrente hace muchos años, al teatro Real.

---

ó alhóndigas, ó mataderos; y los fondos destinados á premiar perros y caballos, á aumentar la dotación de los maestros de escuela, que en muchas partes se mueren de hambre.



## Las revoluciones sangrientas.

**El abuso de los poderes públicos, ó su debilidad, por la corrupción, produjeron siempre las revoluciones sanguinarias.**

Al exponer estas ideas, concitamos contra nosotros las iras de las clases que disfrutaban de aquellos privilegios injustos. Somos condenados como demagogos y demoleedores: pero tenemos conciencia de llevar el pensamiento por principios rectos para consolidar la sociedad que amenaza ruína sobre estas bases ya corroídas. Son demoleedores del orden, del bienestar público, los que abusan de su poder, de su autoridad, de su elevación. ¡Cuán difícil nos es á todos de contenernos, de dominar el orgullo, la soberbia y la ambición! Pues así, los tronos, los gobiernos, las

instituciones provistas de fuerzas materiales y morales, bajo el sutil pretesto de sostener el prestigio por la ostentación de riquezas, han pasado del abuso, á la tiranía; de la tiranía, á la injusticia; de la injusticia, á la inmoralidad, á la corrupción y á lo absurdo.

Así en las tribus de Asia y de Africa, los jefes de rancherías se hacen tiranos de tribus; después santones. Así hubo Nerones y Calígulas. Así hubo Brutos, Alejandro, Luises, Napoleones. Así en todos los pueblos, por el abuso del poder, ó por la debilidad de los llamados á regularle, se llega á estos desconciertos entre gobernantes y gobernados; desconciertos que terminan en revoluciones, en guerras, en desastres.

No queremos hacer historia: concretémosnos á los sucesos contemporáneos de nuestra propia casa.

¿Eran tan graves las circunstancias que precedieron á la revolución de Septiembre, que nos trajo la guerra carlista y cantonal? ¿Era tan hondo el malestar: la clase agrar-



ria é industrial experimentaba las amarguras que hoy sufre? ¿La administración era tan costosa? ¿Eran tan grandes los despilfarros del caudal público y el lujo en los poderes? ¿Había tanto empleado inepto é innecesario, tantos generales, tantos palacios y monumentos para recibir cuadros y estatuas, tantos parques y jardines, tantos centros de lujo y de placer, sostenidos por la nación?

¿Eran tan grandes los tributos para las industrias, y tan grande la miseria y el mal-estar como ahora? No, en ningún modo. La situación es mucho más grave; mayores los abusos y los despilfarros; muchos más empleados; muchos más gastos innecesarios; mayores los tributos. Pues si entonces, una revolución lo arrasó todo, ¿por qué estáis ahora confiados? Caminamos á una catástrofe como aquélla, ó mayor.

Nosotros, que pretendemos guiar, conducir y moderar esa revolución conteniéndola antes de llegar á la desolación y á la venganza, no somos demagogos y demo-

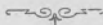
ledores. Lo son, sí, los que reconociendo la honda perturbación social; los que reconociendo la necesidad de sacrificarse á las economías y á las privaciones, para restablecer el orden; los que reconociendo que por más esfuerzos y recursos que se emplean para cobrar nuevos tributos y contribuciones, de ningún modo alcanzan á sostener tantos generales, tantos monumentos y tantas fiestas, se obstinan y se empeñan en sostener y aumentar los gastos. Esos, esos son los demolidores, los destructores, los ciegos, ilusos, orgullosos, que no quieren acordarse de que desconciertos menos profundos, produjeron siempre revoluciones sangrientas. Hoy existe opresión tiránica contra el productor, y principalmente contra el productor agrícola. Las opresiones y las tiranías que no se vencen con la razón, se vencen por la sublevación.

Así sucedió mil veces.

Y entonces, en los primeros momentos, nada se respeta; impera el crimen y el incendio. Habiendo clamado, en vano, largos años

---

por economías y moralidad; creciendo constantemente el despilfarro; aumentándose incesantemente los que viven sin trabajar del Erario público; el peligro de que se produzca una revolución se acrecienta. Porque son muchos los arruinados, los desesperados por estas situaciones funestas. Ya no podemos esperar más tiempo á que la administración remedie nuestros males. Nosotros lo conseguiremos bien organizados, por una revolución ordenada: evitando así la revolución sangrienta.



## La contribución de consumos.

**Fomentadora del crimen; opresora de productores y consumidores; gravando, principalmente, sobre el pobre.**

---

*Siendo la contribución de consumos en la forma establecida, causa fundamental de demoralización y de desorden, por la opresión que ejercen los gremios intermediarios organizados en las capitales, para imponer su voluntad á productores y consumidores, las Ligas Agrarias, Cámaras de Comercio y Agrícolas, la combatirán por todos los medios: y sus representantes en el Parlamento, llevarán el mandato de pedir la abolición de la ley en que se funda.*

Esta debe de ser la primera proposición que votarán todas las Ligas que se formen.

Es horrible la situación á que nos reduce la ley de consumos.

Después de pagar cuantiosos tributos, se nos cierran los mercados, teniendo que entregar nuestros artículos á los gremios de la falsificación y del matute.

Así nuestros productos, cedidos á precios que no remuneran los gastos, cuadruplican su valor cuando llegan á manos del consumidor en las capitales.

El vino puro y bueno que se cede hoy en muchas comarcas á seis reales arroba, valdrá aquí á veinte pesetas; pues el de diez y doce, á lo sumo, la mitad es vino: la leche buena, se obtendrá allí á veinte y cinco céntimos el litro, y aquí no se consigue á peseta: el trigo y la carne bajan en los mercados, y aquí se elevan los precios: la remolacha, no vale en los campos á real la arroba, aquí á real la libra: y todos los artículos de primera necesidad ofrecen esta desproporción enorme.

Y se dirá: ¿pues cómo no concurre á las capitales directamente el productor en de-

manda de mejores precios? Imposible. Sería cierta la ruína del que lo intentase. Después del capital necesario para terminar las operaciones, antes de conseguir la venta del producto, para traerlo á las ciudades se necesita otro capital considerable, que no hay quien le fie; pues no existe el crédito agrícola. Fijémonos en una operación de poca importancia: para transportar é introducir en una capital mil arrobas de vino, se necesitan pagar de puertas tres mil pesetas: y con los portes y demás gastos, se elevarán á cuatro mil. La mayor parte de los labradores piden dinero para concluir las operaciones: pues mucho menos soportarán esos nuevos gastos. Hay agricultores que pueden acometer la empresa; pero, de ningún modo, obtendrán resultado satisfactorio. Ejerciendo el comercio de buena fé, pagando todos los impuestos y sosteniendo la pureza del género, no sostendrán la competencia con el comercio de mala fé, que no paga los derechos y falsifica el producto en la calidad y en el peso.

Es segura la ruína del que se aventure á sostener la lucha con los gremios amparados en el matute. Ya intentó una sociedad de ganaderos concurrir directamente al Matadero de Madrid con sus ganados, y ni aún asociados, pudieron resistir la lucha.

Existe, pues, una barrera inexpugnable entre el consumidor y el productor, que la defienden los gremios, el matute y el comercio de mala fé. Y esos intermediarios, la clase menos importante del comercio social, porque no necesitan capital, ni ilustración, ni inteligencia; que el mismo día reintegra con usura el dinero empleado en su comercio; que no se exponen á sequías, á pedriscos, á inundaciones, á heladas, á depreciaciones del producto, porque venden inmediatamente con arreglo á la compra; esa clase que nunca tuvo importancia alguna, acaudillada, ya por los excelentísimos señores del escabeche ó del tomate, imponen la ley del hambre á las capitales, sostienen la lucha victoriosos contra los poderes públicos, contra la opinión, este-

rilizando las fuentes de la prosperidad y de la verdadera riqueza.

Quien les protege: ¿cómo lo consiguen?

Por la ley de consumos. Amparados por ella y organizados públicamente, imponen á todos su voluntad.

Años há que la lucha está entablada. Autoridades dignas y gobiernos enérgicos quisieron someterlos; más en vano. Y hoy mismo, Alcaldes dignísimos de Madrid, que aceptaron la lucha, sucumbieron, dejándoles dueño del campo, dueños de vidas y haciendas. El factor menos importante del comercio social, sigue imperante. Academias y Universidades determinarán los principios de justicia; el poder legislativo sancionará el derecho, proscribiendo toda confabulación ó monopolio sobre los artículos de primera necesidad; desterrando la tasa oficial: más los gremios seguirán poniendo la tasa de su capricho al rico, al pobre, al agricultor, al fabricante, al consumidor y al productor.

Hoy se pretende remediar el mal reba-



jando las tarifas que se cobran en las puertas, y cercando militarmente las capitales para reprimir el fraude. No es ese el triunfo á que debemos aspirar.

Hay que destruir radicalmente á los gremios que nos ahogan; hay que extinguir el matute que nos avergüenza. La ley de consumos es su baluarte, pues derribémosle.

Caiga esa muralla: y los pueblos y las ciudades y el comercio alcanzará su libertad. Entonces los productores concurriremos á estos mercados; y entre nosotros mismos se abrirá la competencia en clases y precios; se ensancharán los radios de las ciudades, y sus arrabales serán centros de producción y contratación; los tribunales dejarán de ocuparse constantemente en los crímenes y delitos del matute; la administración no ofrecerá esos escándalos de infidelidad; los presidios y cárceles dejarán de llenarse de matuteros y de empleados criminales. No existirán esas magníficas tiendas de bronces y alabastros para vender el escabeche, la carne, el pan y

el vino; mas el pobre y el rico, obtendrán los comestibles sanos, buenos y económicos.

¿Y los quince mil duros diarios que se recaudan en Madrid en las puertas, y que son necesarios para el sostenimiento de la vida moderna?

Que se supriman tantos gastos inútiles; ó si los queréis sostener, haced esa recaudación como en Londres. Por repartimiento, según la casa que se tiene.

Ahora mismo: ¿no estamos pagando en nuestros domicilios la contribución de las cédulas personales para el Municipio y el Estado? ¿Por qué no pagar así la de consumos?

Que hay en esto inconvenientes. Todo los ofrece en la vida; mas nada como esta situación de España y de Madrid, que se arruina y sucumbe por la ambición de los gremios; nada como la situación actual, que desmoraliza y provoca sublevaciones. ¿Cuál es el grito primero de todos los tumultos y revoluciones? ¡Abajo los consumos! No hay

día que en algún pueblo no se pronuncie ese grito. No esperéis como otra vez que España entera á esa voz se subleve.

Antes que monumentos, que parques y jardines, constrúyanse lonjas de contratación que garantice la libertad entre el consumidor y el productor, sin que matuteros ó acaparadores puedan hollarla. Y que los agentes que pagamos para garantizar la salubridad, la legalidad en los pesos, y la seguridad en los campos, cumplan la misión para que fueron creados, y no se les utilice de alabarderos, provocando la indignación pública.

¿Para qué son los fondos que se recaudan por esa contribución en las ciudades? Principalmente, para contribuir al sostenimiento del lujo; para alumbrados, paseos, empedrados, policía y seguridad? Pues lo justo es que la paguen los que disfrutan esas comodidades. Directamente, en el domicilio de cada uno, allí debéis de cobrar; no al pobre labrador que vive en los pueblos sin disfrutar y que pagó dos ó tres contribuciones por

cada producto que trae al mercado. Dejadle vender ya libremente: eso exige la moral, la justicia y el orden.

Y observad cómo perjudica horribilmente al pobre la contribución de consumos. El rico no gasta en comer más que la sexta ó la décima parte, ó menos de sus rentas; no paga de consumos más que sobre una pequeña parte de lo que gasta. El obrero lo gasta casi todo en comer, y, por lo tanto, contribuye por todo su capital; y no disfruta de paseos, de alumbrados, porque se retira pronto; y no necesita la policía ni la seguridad, porque nada tiene que guardar. El reparto hecho, según la importancia de las viviendas, como se hace en Inglaterra, es mucho más equitativo, razonable y justo. Aquí ya no hay más remedio que apelar á esa transformación del impuesto: eliminando al pobre, al obrero de todo tributo.

Hoy, dice la prensa, que el Sr. Ministro de Hacienda, se ocupa de la transformación del impuesto de consumos.

Aquella ley que produce el hambre y la opresión, no puede existir más tiempo. La transformación debe de ser radical en la forma que manifestamos; cayendo para siempre las barreras que circundan las ciudades; y así quedarán vencidos esos señores de horno y de cuchilla, mil veces más opresores que aquéllos antiguos de horca y cuchillo.

Exijamos enérgicamente el exacto cumplimiento de las leyes para favorecer la agricultura y la industria; porque generalmente no se cumplen más que las que nos arruinan.

El Sr. Linares Rivas dictó la ley para perseguir la falsificación del vino. Ni una vez sola se puso en ejecución; y la industria de la falsificación sigue imperante. La multitud de agentes de policía toman el sol á la puerta de las tiendas de bebidas donde todo se vende adulterado, y mucho nocivo; así se demuestra que no basta las buenas leyes; es preciso que exijamos su cumplimiento; y que las autoridades tengan conciencia de su misión, no destinando sus agentes á otros fines que para los que les pagamos.

## Otro inicuo despojo á la Agricultura.

La absorción de las capitales contra los pueblos, llega ya á lo inaudito, á lo absurdo, á lo bestial: no es que la beneficencia pública con hospitales y asilos localice su acción en las ciudades; no es que los donativos de los reyes y de los ricos; y los recursos del Erario nacional para amparar el desvalido y el desdichado se repartan siempre en la corte y las capitales; no es que hoy mismo, que se celebra el santo del rey, todas las limosnas se repartan en su nombre solamente en Madrid, como si no fuera rey de España; no es solo ésto: hasta se nos priva en los campos y en los pueblos de la seguridad per-

sonal, arrebatándonos la institución que fué creada para nuestro servicio.

La Guardia civil, instituída para la seguridad de los pueblos y de los campos, casi toda la encierran en las ciudades; y la poca fuerza destinada á la población rural, con el menor pretexto, en cuanto hay motivo de alarma, se la reconcentra en absoluto en las capitales. Y sucediendo esto frecuentemente, y en los momentos precisos en que tenía que llenar su misión de ampararnos, deja así de cumplirla.

Y este hecho gravísimo aumenta también la despoblación de los campos; porque los ricos y los acomodados, muchos, sólo por esta razón, abandonan sus propiedades, arrendándolas á manos sin capital.

¡Cuántos propietarios dejan de explotar sus fincas por falta de seguridad personal!

Este es un hecho inicuo y vergonzoso, como tantos y tantos que cometen estos gobiernos que nos aniquilan. Pues qué, ¿no pagamos ya la Guardia civil, no fué instituída

para nuestra custodia, y vosotros, gobiernos conservadores, nos despojáis también de esa institución creada para nosotros?

Y en las ciudades, donde tenéis numeroso cuerpo de Orden público, policía secreta, policía judicial, policía municipal, guardias y alabarderos de veinte clases; y el ejército en sus diversas armas, aún no os basta todo esto: Guardia civil, para que se luzca en los paseos de coches, para que figure en las cabalgatas, en las escoltas; para que en los toros, en el Real, en los entierros, en el Hipódromo, en todos los espectáculos de dilapidación, forme como cuerpo decorativo; y concluya al fin por desprestigiarse, por perder la consideración pública.

Y, entre tanto, infinidad de fincas abandonadas, porque no existe la seguridad que aquella Guardia civil está llamada á garantir. En los montes de Ledesma, como en muchas regiones de España, ya transigen los propietarios con los leñadores fraudulentos, renunciando á emprender mejoras y cultivos



porque han herido y muerto muchas veces á los montaraces.

Por todos los medios, bajo mil formas distintas, combatiendo la Administración el fomento de la agricultura, el fomento del comercio y de la industria.

Inmediatamente exigiremos que la Guardia civil abandone las ciudades, que cumpla su misión, y que deje de figurar en las antecámaras de los ministerios, en los paseos públicos, en la custodia de los reyes, que ya tienen institutos especiales y numerosos para su custodia. Desde aquí, en nombre de todas las clases productoras de la nación, protestamos de ese inícuo despojo.



## Los reos causantes de nuestra ruína.

Los reos de tanto desastre, ahí están de cuerpo presente, altivos y orgullosos. Dispuestos á proseguir su obra demoledora.

*Los partidos políticos:* todos, todos, sin excepción ninguna. Yo les delato ante el libro de la historia.

Cuando las generaciones que nos sucedan estudien los tiempos presentes, juzgarán á estos partidos, primera causa de nuestros males, como hoy juzgamos la decadencia y ruína de Roma por la dictadura irracional de los Césares. Para sostener sus fiestas y el lujo de sus palacios lo arrollaron todo; así los partidos, para repartir credenciales, satisfacer ambiciones, y halagar al pueblo, que hambriento se refugia en las ciudades, agotan de

aquel modo las fuentes de la vida y esterilizan veneros positivos de riqueza.

Ya no más contemplación para esas fustas banderías sin doctrinas fijas, sin positivos principios. Todos revelaron que su Dios y su patria son su estómago y sus ambiciones. Ahí está el partido conservador, que quería simbolizar el principio del orden por el prestigio de la autoridad. ¿Cómo ha caído? Como cayeron todos: disuelto al peso de su podredumbre. Por envidias, por miserias. ¡La patria! ¡qué os importa! Ese es vuestro proceso; el de todos los partidos. Es claro como la luz que el partido conservador abandonó el poder á punto de resolver árdulos problemas, por odios y miserias de sus principales personalidades. Así cayó antes Sagasta; y volverá á caer ahora. Exsecremos, pues, á esas banderías que nos devoran por sus ambiciones, y alcémonos, formando, non un nuevo partido; una gran institución, una gran sociedad: la Liga Nacional Agrícola é Industrial, que nos salve de esta muerte vergonzosa.

Levantémonos para perseguir y aniquilar la política de explotación y de pandillaje. ¡Cómo! Todos rechazamos el trabajo; todos rechazamos las cargas; y por ser diputados, senadores, alcaldes nos atrevemos á sostener una lucha fiera, gastando dinero considerable para conseguirlo. ¿Qué es esto? Ya lo sabemos, desdichadamente. La política en España, más que en ninguna parte del mundo, es una industria privilegiada; un oficio productivo; un negocio.

Por ella se asaltan posiciones, se explotan filones, se reparten credenciales.

De aquí nace nuestra ruína, porque los diputados de esos partidos, ó partidas, no van á defender la moralidad y la economía en la Administración: van á defender sus intereses, sus negocios. Una de nuestras primeras leyes será: que el cargo de diputado, y todo cargo por elección, no crea ningún derecho para desempeñar destinos públicos; que las carreras serán cerradas, sin que se pueda entrar en ellas más que por las categorías infe-

riores, sujetando los ascensos á riguroso escalafón. Así no se aspirará á ser diputado para asaltar el presupuesto; así la política dejará de ser una industria, y los diputados tendrán que serlo para el bien público; no para su medro y prosperidad.

¡Los partidos políticos! ¿Qué podemos ya esperar de ellos, los que sólo pensamos en vivir de nuestras propias fuerzas, los que, sugetos á la ley del trabajo, ciframos nuestra dicha en progresar en nuestra industria, en cultivar nuestras tierras, en perfeccionar nuestros productos; en constituir la familia bajo las bases de orden, caridad y justicia? ¿Qué podéis esperar de ellos, pueblos y aldeas arruinados, pobres españoles, llenos de privaciones en los campos, que entregais vuestros hijos á la patria, que entregais vuestros mermados frutos á las ciudades, y que si por ellos os pagan un precio, escasamente teneis con ese valor para satisfacer las contribuciones, los gastos necesarios á la producción; mientras que en las ciudades muchos viven

sin trabajar, clavados al presupuesto, y se forman los grandes capitales por el agiotaje, la crápula y la falsificación?

¡Oh! La política destroza la Administración; la política mina los cimientos de la sociedad; la política nos ha dividido hasta en nuestra fe y en nuestras creencias. Todos los partidos nos garantizan la libertad. Y con este progreso por la libertad que nos regalan aumentan constantemente los desvalidos sin hogar, sin pan y sin familia; aumentan sin cesar los manicomios, los hospitales y las cárceles; aumentan los que viven triunfantes sobre el escándalo, la corrupción y el robo.

La libertad es el narcótico por el cual se nos reduce á terribles tiranías. Al grito de libertad, progreso y civilización, se derrochan los caudales que por mil contribuciones nos arrebatan. Aún resuena el estrépito de esas extraordinarias fiestas de bengalas, percalinas y mamarrachos, en las que se gastaron diez millones, *conocidos*; y después de tan estupendos festines, ved qué horrible

cuadro nos rodea. Así le describe un documento oficial que insertan los periódicos: «La situación tristísima en que se encuentran las clases menesterosas de esta capital, ha hecho se aumente de modo extraordinario la mendicidad, siendo tan grande el número de los que imploran la caridad pública, que las calles se ven realmente invadidas por estos seres desgraciados.»

Ayer, orgías y festines, que enriquecieron á unos pocos, casi todos extranjeros; hoy, ya lo estais viendo. ¡Oh! La nave del Estado, sin brújula, sin piloto, sin rumbo conocido, camina á la catástrofe.

El turno de los partidos políticos en el poder, la lucha que sostienen constantemente para lanzarse unos á otros, es la perturbación que nós arruina. Los cambios de gobierno no obedecen á las necesidades de la patria; obedecen á la necesidad de dar sangre del presupuesto á los vampiros que no saben vivir de otro modo; porque el presupuesto y la riqueza nacional, es ya el feudo de los par-

tidos; el feudo de los grandes y pequeños señores, de caciques y desgraciados, que no quieren trabajar; que cobran sueldos por tomar el sol en el invierno y la sombra en el verano; por ostentar representaciones y dignidades que muchas veces las arrastran.

Los partidos políticos en ninguna nación del mundo constituyen el cáncer social que forman en España. Banderías sin principios, sin doctrinas, sin escuelas. El ideal de todos es vivir y mandar. Así vemos ministros que en pocos años, desde carlistas llegaron á republicanos, ó viceversa; así infinidad de grandes hombres públicos, profesaron en poco tiempo todas las doctrinas, y formaron en todas las escuelas; para conservar ante todo sus cargos. Así, con esta política, con estos partidos, con estos hombres, sin corazón y sin creencias, hemos tenido que consumirnos y aniquilarnos.

Y en esta guerra de los partidos entre sí; y en las luchas intestinas que les devoran, los intereses sagrados de la patria quedan



---

relegados; y transcurriendo años y años sin plan de hacienda fijo; cambiando la Administración y el personal constantemente, sin premios para la virtud ni castigos para el vicio, nada se consolida ni establece.

Ved prácticamente cómo la política nos arruina. Al amparo de leyes y de tratados creamos industrias, plantamos viñas, olivares, empleamos grandes sumas en montar fábricas destiladoras; y al poco tiempo viene la paralización completa, porque otro partido cambia de rumbo, se cierran los mercados antes abiertos, ó se imponen nuevas contribuciones: así cada cambio de gobierno ocasionó mil quiebras á la industria y al comercio.

## ¡A la lucha!

Otra vez de nuevo se nos solicita para que formemos de comparsas en esa comedia que se representa.

Ya lo estais viendo: como fueron todas las elecciones pretenden que sean éstas.

Si así fuera, consentiríamos en nuestra muerte. Cámaras Agrícolas, Cámaras de Comercio, Ligas Agrarias y de Contribuyentes, ¿cuál es vuestra misión? Defender los intereses del productor, que son los intereses del trabajo y de la patria. Pues examinad la mayor parte de los candidatos que se os ofrecen.

Sólo la marina presenta quince ó veinte. El ejército, la magistratura, el profesorado,

los ingenieros, las grandes empresas y Bancos, todos vienen en masas compactas á pretender llenar el templo de las leyes. Si les votásemos, el desastre sería completo. Por nuestra incuria, anteriormente, dejamos asaltar los puestos de las Cámaras á esas colectividades que iban á defender sus intereses particulares, no el interés general.

Cámaras de comercio, Cámaras Agrícolas, levántaros ya: no seamos suicidas. No demos los votos más que juramentando á los que lleven nuestra representación, de que han de posponer todo interés particular al interés de la patria. Que juren solemnemente no aceptar cargos públicos para sí ni para sus parientes; que juren votar las leyes contra los consumos; reduciendo los gastos del Estado á la mitad de lo que son, y rebajando también las contribuciones á la mitad.

Las Ligas Agrarias, las Cámaras Agrícolas y de Comercio, se organizarán inmediatamente en todas partes. La unión es la fuerza; nuestros enemigos están asociados; por

eso nos han vencido, nos han dominado. No hay más remedio que la asociación inmediata y disciplinada. Si no lo hacemos, sabedlo, yo tristemente lo declaro: de esa opresión cada vez mayor que sufrimos los productores, todos seremos culpables. Pues qué, ¿creéis que sólo existe el deber de defender la patria cuando el enemigo exterior la amenaza? Pues qué, ¿creéis que sólo entonces debemos de dar por ella nuestra sangre? No: por la razón, por la justicia, por la fe y por la existencia, tenemos el deber de luchar.

No nos amenaza ninguna guerra exterior; pero tan funestas son estas opresiones de la inmoralidad y de la corrupción en la Administración pública.

¿Quién puede salvarnos de este desquiciamiento social, de este desorden que nos devora? ¡Nosotros mismos!

Seremos suicidas, dignos de toda abyección, de toda esclavitud, si no tenemos conciencia de nuestros deberes y permanecemos impasibles. ¡A la asociación, á la lucha!

Organicémonos, anteponiendo el ideal económico al ideal político. En las Ligas Agrarias y de Comercio, no se excluirá ninguna idea política. Cabemos todos, desde el carlista al republicano; y sin abdicar nadie de sus principios, nos uniremos en poderosa asociación para salvarnos por las economías, la moralidad y la justicia. La política nos arruina y nos destruye; pues ahogemos la política para regenerarnos: carlistas y republicanos, demócratas ó monárquicos, deponed hoy vuestras intransigencias. En una plaza asaltada se olvidan los odios y los rencores: todos se sacrifican á la defensa, á la conservación de la vida. Agricultores, industriales, productores, estamos sitiados y próximos á sucumbir. Pueblos, alquerías, aldeas, fábricas y talleres, no podéis soportar tanta opresión: los que gozan y se divierten, estrechan ya terriblemente á los que pagan y trabajan. A la defensa, si no queréis sucumbir. Somos plaza sitiada: la unión será la regeneración y la vida.

¿Que no confiais en nuestras fuerzas? ¿Cómo, si somos las clases infinitamente más numerosas? ¿Cómo, si representamos las fuerzas vivas; si además la razón nos asiste? ¡Si somos los amos, los señores, que, con nuestro trabajo, llevamos los frutos materiales para la existencia? ¡Si todo depende de nosotros, el comercio, las artes, las ciencias? ¡Si con nuestros tributos se sostiene la máquina del Estado? Solamente por nuestra incuria y abandono nos hemos dejado imponer por la Administración. Nosotros somos los señores y nos daremos la Administración que podamos sostener.

Estamos obligados á conseguir ese fin y lo conseguiremos. Porque algunos levantaron la voz y se reunieron en pequeñas asambleas, ya la Administración comprendió que no se nos podía provocar más tiempo; y trata de contenernos con falsas promesas. Es evidente; hasta hace cinco años no se reconoció que la agricultura era digna de más consideración: pues si conseguimos eso con aquéllas

débiles manifestaciones, organizados fuertemente en todas partes, llegaremos al fin que nos proponemos.

Los menos animosos, que recuerden el sagrado texto que transcribimos en la introducción. Debemos de luchar para regenerarnos. No podemos aspirar á la felicidad sobre la tierra; pero sí al constante perfeccionamiento; á destruir usurpaciones, á derribar tiranías, á destrozár los privilegios contra la ley, la razón y la justicia.



## Las Ligas Agrarias y el Sr. Gamazo.

Haçe seis años, cuando comenzaba la crisis que hoy nos consume, las Ligas Agrarias y de contribuyentes, en solemnes asambleas revelaron la abnegación y las virtudes de un pueblo noble, heróico y generoso. Por primera vez, las clases productoras abandonaron su silencio, y elevando su voz aquí y en las provincias, hicieron pública manifestación de sus sufrimientos.

¿Qué significaron aquellas asambleas? ¿Explosiones del egoismo? ¿Excitaciones al desórden y á la rebelión?

¡Nunca! Fueron el grito del alma, lamentos de la razón y de la verdad. Aquéllas clases allí reunidas, pedían aire, luz, vida y calor para



sostener sus fuerzas; pedían justicia en las leyes, moralidad en la administración para proseguir su trabajo con fe y con esperanzas. Aquéllas clases siempre sufridas y resignadas, con las manos sobre la tierra, cumpliendo su misión, con los ojos en el cielo, por primera vez se convocaban para contener los abusos de los poderes públicos, los abusos de instituciones poderosas, los abusos de una Administración corrompida; se reunían, en fin, para denunciar el peligro á que nos conducían.

Esto fueron aquéllas asambleas. Cuando ya muchos clamaban por la inmediata represión del desórden. Cuando muchos enardecidos queríamos realizar en un momento, de cualquier modo, el ideal que allí nos convocaba: cuando se pedía una organización masónica, nihilista, para imponernos á sangre y fuego; entonces, sobre aquél mar de pasiones encendidas por el dolor y la desesperación... un hombre se levantó.

D. Germán Gamazo, impuso silencio y

nos contuvo. Su mágica palabra llevó la persuasión á todos.

La justicia, dijo, se abrirá paso por sí sola. Somos hermanos; todos sentimos los males de la patria, y su remedio le obtendremos por la persuasión en el Parlamento; por las nuevas leyes que allí votaremos.

Los señores Muro y Bayo secundaron el espíritu patriótico del Sr. Gamazo... y nos retiramos de nuevo á los campos, á los pueblos, á las aldeas y á los talleres, para proseguir nuestro trabajo, confiando en la lealtad, en el honor de aquellos hombres; confiando en Dios, en la justicia y en la razón.

Transcurrieron seis años, aquellos señores, en el Parlamento, en la tribuna, en la prensa, sostuvieron constantemente la bandera de la moralidad y de las economías que les confiamos.

Empero, lejos de contenerse el desastre que nos amenazaba, los males que presentíamos, con creces se realizaron: á nuestra demanda de economías y moralidad, todos los

Gobiernos contestaron imponiendo nuevos tributos, persiguiendo el trabajo, amparando el vicio, fomentando la corrupción y el desorden.

Al encontrarse de nuevo el Sr. Sagasta en el poder, reconociendo la gravedad del mal, y apremiado por las circunstancias, no vacila en confiar la clave del Gobierno al señor Gamazo. Ya rige éste los destinos de la Hacienda española.

Nuestro caudillo conduce la nave.

¿Podrá salvarla? ¡Oh! Cuando hay escollos tan formidables que vencer, ¿quién confía en la victoria? Los elementos que le rodean son contrarios á nuestra causa: Guerra y Marina, cual inexpugnables baluartes, le cierran el paso.

El Sr. Gamazo, con todo su valer, con todo su talento, ¿no podrá reducir los hombres que le rodean á lo que la justicia y la razón exige? ¿A lo que pide y proclama aquella bandera que aceptó de las Ligas Agrarias y de las clases productoras?

El Sr. Gamazo ¿conseguirá establecer el orden en la Administración, arrasando privilegios, abusos, atropellos y monstruosidades?

Logrará que se consideren los fondos públicos como dinero sagrado, que para emplearlo haya que justificar completamente su inversión en cosas útiles y necesarias? ¿Logrará convencer á los empleados que la nación no puede sostener á gente inepta ó innecesaria, aunque sean hijos de esos santones, dioses ó demonios de la política.

¿Logrará cerrar las escuelas militares, puesto que siendo una llaga la oficialidad, eso es lo primero que debe hacerse? ¿Conseguirá que los altos funcionarios dejen de percibir subvenciones á títulos de consejeros ó de otro nombre, de los Boschs, de los Palmers, de los directores de las grandes empresas ferroviarias ó bursátiles para que burlen las leyes á la sombra de su influencia?

El Sr. Gamazo, ¿conseguirá que de los sagrados fondos de la nación, pagados por el

pobre labrador y el industrial, dejen de cobrar los principales periódicos subvenciones más ó menos grandes para apoyar una política determinada? ¿Conseguirá encerrar en presidio á los que por incuria, ignorancia, ambición ó dolo, malversan nuestros caudales?

¿Derrumbará el poder de esa institución, que se levanta triunfante sobre las ruínas de la patria, amparada por enormes privilegios, alcanzando en acciones cuatro veces más valor que el efectivo de emisión, al paso que toda propiedad va perdiendo constantemente?

El Sr. Gamazo para conseguir todo esto, tendrá que salir á campo abierto; romper las trabas á que le sujeta su partido; borrar compromisos; ahogar tradiciones de escuela; rasgar esos velos; destrozar esas fortalezas de los grandes hombres públicos, en las que, como dice *El Imparcial* del 11 de Enero, columna 1.<sup>a</sup>, de la página 2.<sup>a</sup>, *á la sombra de las grandes empresas se fraguan innobles agios, en*

*las cuales desempeñan papel importante el chantaje y las amenazas.*

Así, por chispazos sueltos que los periódicos dejan escapar, se va revelando el fondo de la Administración, algo del cieno político, sin que se penetre en lo más turbio. Ahora, viendo, cómo á altos personajes de Francia se les encierra en las cárceles, la conciencia honrada se sonroja aquí, contemplando esos Panamás, sin expiación y sin castigo. Aquellos arsenales, comenzados en medio de ruidosas fiestas, ¿han saldado sus cuentas debidamente? ¿Produjeron las responsabilidades que exigían el derroche del caudal público?

Transcribamos otro chispazo de la prensa:

«En el Ministerio de Marina se ha descubierto un abuso (crimen, debieran decir), que en aquel centro se ha hecho crónico. Son diez los periodistas que vienen cobrando mensualmente cantidades, que varían entre quinientas y doscientas cincuenta pesetas sin que desempeñaran cargo de ninguna especie. En el mismo Ministerio catorce apreciables

caballeros, ocupaban otras tantas plazas de escribientes; pero sin ir á la oficina más que á cobrar.»

En todas las dependencias, no ya Ministerios, se cometen indignidades. Pero esto es lo menudo; lo gordo, es insondable. Si pudiera decirse en lo que se emplean los millones distribuidos en todos los Ministerios, para que se gasten á gusto del ministro, sin dar cuenta á nadie, entonces quedaríais aterrados. ¿Sabéis cómo se llaman esos fondos, pobres labradores que pagáis? ¡El fondo *de los reptiles*! Eso es, de los reptiles, de los seres más abyectos y repugnantes de la naturaleza y de la sociedad.

Y nos refutarán que ya se han descubier-  
to y corregido aquellos abusos (delitos, dire-  
mos nosotros). Claro está, por hacer algo,  
para ver si nos callamos, como el gobernador  
dió hace poco una embestida á las casas de  
juego... peseteras. Pero aquellos grandiosos  
círculos y sociedades continuarán inmunes.

En los dos meses que el Sr. Gamazo diri-

ge la Hacienda española, por donde ha querido llevar su acción enérgicamente, el visturí encontró cieno. Lo que no se hace á tiempo, no se hace nunca. Cuando entramos en una viña infestada, en aquel mismo momento atacamos con ardor á la oruga roedora. Al día siguiente es ya tarde. Así la obra del Sr. Gamazo: el lema de aquella bandera que le confiamos, hace seis años, no puede cumplirse. Los ideales cuando llega el momento, se realizan sin razonarse, porque su bondad y su justicia está de antemano demostrada.

Hizo bien el Sr. Gamazo en aceptar ese puesto. Era el último sacrificio que debíamos imponernos. Faltaba consumir esa prueba; que el campeón más decidido de las economías y de la moralidad intentase realizarlas. La prueba está hecha.

La opinión pública dice que al Sr. Gamazo se le hizo aceptar la cartera de Hacienda para que caiga desprestigiado como los que le precedieron. Si el Sr. Gamazo sucumbe, combatido por Guerra y Marina, y abando-



nado por los demás ministros, le arrollará la fuerza, no la razón, ó caerá demostrando lo que en su fuero interno sabía, y acaso se proponía demostrar. Que á la fuerza se la combate con la fuerza. Y con la bandera de sus rectos principios, vendrá á nosotros para sostener la lucha; lucha de regeneración, lucha de reconquista, y al caer llevará las simpatías y el espíritu de las clases que representa, levantando una protesta general.

Así se comprende, así se refleja en los periódicos; ved lo que decían ayer todos:

«*Reformas en Marina.*—Aunque nada de esto dice la nota oficiosa, es lo cierto, que se discutió largo y tendido acerca de este asunto, y que no hubo, ni mucho menos, acuerdo alguno, pues las reformas que el ministro de Marina propone no les parecen á otros ministros *ni siquiera una aproximación de lo que deben ser para que produzcan alguna economía.* El Sr. Cervera propone amortizar plazas, es verdad; pero no empieza por los generales, sino por los oficiales de inferior graduación;

de manera, que cuando estas amortizaciones lleguen á producir economías apreciables, ya habrán pasado muchos años.

»Con esto, repetimos, no están conformes los ministros de Hacienda y de Ultramar, y es seguro que el asunto ha de proporcionar largos debates y acaso algo más.»

Esto han dicho los mismos periódicos ministeriales.

Véase ahora trozos de un artículo publicado en *Le Temps*, de París; ha sido reproducido también por la prensa ministerial:

«El Sr. Sagasta ha conseguido formar rápidamente un gran Ministerio. Ha logrado reunir en una administración á los representantes de los grupos diversos de su partido. Ha puesto al Sr. Gamazo, resuelto partidario de las economías, al lado del general López Dominguez y del marino Cervera, campeones decididos de los gastos militares y navales; ha asociado á un librecambista como el señor Moret, con cuatro proteccionistas y con cuatro oportunistas en materias comerciales.

Ha reconciliado en una especie de *olla podrida* política, á los adversarios, cuyas mútuas intransigencias produjeron, hace dos años, la caída del partido liberal. No es fácil preveer cómo se armonizarán el proteccionismo convencido del Sr. Gamazo y el librecambio sincero del Sr. Moret; las tendencias rigurosamente en el sentido de las economías del ministro de Hacienda, y las aspiraciones nada económicas del general López Domínguez y Cervera. Durante el primer cuarto de la luna de miel, estas disidencias no saldrán á luz; pero, más tarde, á medida que las cuestiones se planteen, y que será necesario abordar, el problema de las tarifas aduaneras y de los tratados de comercio, cuando haya que decidirse entre las demandas de crédito de López Domínguez y Cervera y la reducción del presupuesto de 165 millones de pesetas para Guerra y 40 para Marina, sin contar los gastos de construcción de la escuadra, con la disminución de un efectivo que representa cuatrocientos generales, veintiún mil oficia-

les para doce mil soldados, se verán estallar de nuevo las divergencias profundas que han minado ya en varias ocasiones la existencia de los gabinetes liberales.»

En efecto, elementos tan encontrados, principios tan diversos, personalidades tan antagónicas, han de producir los funestos resultados de siempre; y perdiéndose el tiempo en conciliábulos inútiles, nuestras fuerzas se irán agotando. El Sr. Gamazo, que infunde respeto y miedo; que cuenta con prosélitos importantes, acepta la cartera de Hacienda, sabiendo que en ella pretenden inmolarle. Moret, Domínguez y Cervera no abdicarán de sus principios. Aquél simboliza el libre-cambio; éstos el engrandecimiento del Ejército y la Marina. Gamazo sostendrá nuestra bandera de moralidad, economías y protección arancelaria decidida: no transigirá, aceptando concesiones ridículas, que aún en caso de no ser ficticias, nada resuelven; exigirá las reformas radicales necesarias: las economías desde el régio alcázar á los cuar-

teles, desde los cuerpos legisladores hasta la última oficina; y en esta lucha sucumbiré, mas no vencido. Nosotros le esperamos para que nos conduzca á la victoria. Un hombre que nos guíe, y salvaremos la patria.

No nos arredran cañones ni caballos. Cuando los conservadores vieron que la opinión se pronunciaba contra ellos, y que todos los días se producían motines y manifestaciones públicas, crearon nuevos escuadrones de civiles para ocupar las calles, nueva policía secreta, inventaron más fiestas civiles y militares para halagar al pueblo y al ejército; y todo eso, sirvió de fastuosa decoración para sus funerales.

Aún, hoy mismo, 13 de Enero, ved como respira *La Época*, órgano de tan funesto partido: «El Sr. Gamazo, dice, no podrá hacer un presupuesto á medida de su deseo; porque se opondrán á ello, con razón y justicia, los ministros de la Guerra y de Marina.» Y añade: «En lo que hay que pensar es en reformar de una manera enérgica los ingre-

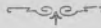


sos, en descubrir las ocultaciones, y en conseguir que la tributación sea lo que debe ser.» Muy bien; y en nuevas fiestas, y en nuevos banquetes, y en mayores despilfarros; y en mayores subvenciones; y en premios para perros y caballos; aunque se aumenten las fincas embargadas y las fábricas cerradas. ¿Qué debemos esperar ya con estos partidos que ni se reconocen culpables de nada, y unos á otros se combaten hasta en los propósitos que abriguen de remediar nuestros males?

La razón, la necesidad, la justicia, arrastran al fin hacia sí las mismas fuerzas que crean los tiranos para combatirlas. De nada servirá un ejército numeroso contra nuestra unión; contra la razón que nos asiste, contra la justicia que impondremos. Nuestros soldados que por breve tiempo abandonan los hogares de los pueblos, que ven á sus padres y hermanos arrastrando vida miserable, para sostener el lujo de las ciudades; para sostener, no el brillo del ejército, necesario á la prosperidad de la patria, sino el derroche de los ge-

---

nerales y de oficialidad, dignos tambien de mejor suerte, porque no se les puede pagar como debiera, efecto de su excesivo número; nuestros soldados, los mismos generales, nos abrirán los brazos para defender nuestra causa, que es la de la patria.



## La revolución Agraria.

«Entrar en una casa cuyos moradores creen que les llevamos debajo del brazo una hogaza, y tener en la conciencia que les dejamos tan hambrientos como les encontramos, ó acaso en mayor estado de anemia: intervenir en las embrolladas trampas de un perdido, que espera que se las desenredemos, y comprender que las embrollaremos doblemente, consumando su desastre: convertirnos en depositarios de la confianza de un infeliz arruinado, y coronar su ruína; cosechar entusiasmos, y devolver amarguras... he aquí la suerte que espera al partido liberal y á sus jefes; y por muy duros de pelar que les supongamos, bien habrá algunos que sientan remór-



dimiento generoso, pensando que no pueden dar á su patria ni el desengaño ni el remedio.»

En estas sentidas palabras que transcribimos, de la ilustre escritora señora de Pardo Bazán, se condensa la verdad de cuanto vamos diciendo. *Los partidos políticos que nos han destrozado, son ineptos por sí mismos para reconstituir lo que demolieron.* Si les dejásemos, como lobos malditos, proseguirían la destrucción y la ruina. Nosotros nos salvaremos, unidos en la liga santa que hoy proclamamos.

Las revoluciones demoledoras, pronunciamientos militares, conspiraciones políticas, explosiones anárquicas, todas se realizaron en las ciudades. La revolución de la reconstrucción social, la haremos en los campos. Sin represalias ni venganzas, sin sangre ni desastres. Como los telegrafistas pararon en un día sus aparatos, imponiendo su ley á aquél Gobierno que pretendía simbolizar el principio de autoridad; así, nosotros, pararemos en un

día la máquina administrativa para encajarla sobre nuevos ejes.

Organizados vigorosamente, todos, en una hora, agricultores, industriales, productores, haciendo uso de nuestro derecho, abandonaremos oficialmente nuestra profesión, nuestra industria, presentando la baja en la contribución. ¡Así triunfaremos!—

Nuestros representantes juramentados entregarán a la Administración las nuevas leyes con los presupuestos nivelados de verdad; pero con las dos cantidades de ingresos y de gastos, reducidas a la mitad de los actuales presupuestos, que nos han arruinado.

Así verá el Sr. Moret que reconocemos, como él decía en la Cámara de Comercio hace cuatro días, que un Estado no puede subsistir sin contribuciones. Y nosotros añadimos: que tampoco puede subsistir cuando esas tributaciones se emplean en lo innecesario, en lo inmoral, y en lo pecaminoso, como hasta aquí ha sucedido.

Todas las grandes empresas necesitan un

genio que las conduzca y que las guíe. Si el señor Gamazo aceptó el Ministerio para demostrar la imposibilidad de corregir los males por los procedimientos que dispone su partido, debe darlo ya por demostrado. Y si no, inmediatamente arrostrar la prueba decisiva.

No esperemos más tiempo: es crítico el momento. Si el señor Gamazo triunfa desde su altura, España le labrará un pedestal mayor que el de Mendizábal; un puesto en la historia, mayor que el de Bravo Murillo. Porque esta empresa, de levantar la agricultura y el comercio por la explotación de millones de hectáreas abandonadas; de combatir el creciente pauperismo, dando á las clases desamparadas medios de subsistencia y de trabajo; de atajar la empleomanía y el militarismo, destruyendo mil ruedas inútiles que la Administración ha ido formando, para guarda de vagos; esta empresa, en fin, de reconstrucción social, salvándonos de la crisis terrible á que nos han conducido las miserias

y ambiciones de los partidos, es de mucha mayor importancia y necesidad, que la revolución operada por las leyes de desvinculación y desamortización.

Empero, si como desgraciadamente sucederá, el señor Gamazo sucumbe combatido por los elementos funestos que le rodean, venga á nosotros, y acepte con decisión el puesto de honor que le ofrecemos. En aquellas huestes, reunidas de toda España, que en el paraninfo de la Universidad le aclamaron, aun está su espíritu y su prestigio. Seis años de espera para demostrar nuestra abnegación, es suficiente. Aumentándose los daños, creciendo el peligro, no podemos detenernos.

Si no acepta ese puesto de honor, la providencia nos deparará el caudillo; que los pueblos grandes, aunque en terribles crisis expien sus faltas, al fin Dios no les abandona. España, hoy triste y abatida, sacudirá el suyo, recobrando su grandeza cuando sus hijos se regeneren por la virtud y el trabajo,

cuando sus hijos, por la Revolución agraria, contengan las revoluciones de los partidos demoledores; cuando los que trabajan y producen, creen y rezan, gobiernen y sometan, á los que ni trabajan, ni producen, ni creen, ni rezan.

Entonces diremos: sálvense los principios de la existencia social, los pueblos, los campos, los talleres; salvemos la familia reconcentrada en el trabajo, aunque perezcan las ciudades sin industrias, sin fábricas ni talleres; las ciudades sibaríticas cimentadas en la molicie y el orgullo. Así el progreso moral y la alta civilización, recobrarán el equilibrio perdido por el exuberante progreso material; así se distribuirán las riquezas justamente, dando al pobre y al obrero lo que derrochamos en festines y en lúbricos placeres; así los grandes señores serán, como antes, patriotas defensores del honor y la virtud; así ampararemos la industria y el comercio nacional, ahogando la estúpida vanidad que nos somete al vil extranjerismo, así mantendremos la

---

justicia y el orden, dominando, venciendo y amparando á las víctimas de tanto desastre, que nos amenazan con el anarquismo y la muerte.



## Las Cámaras de Comercio.

Acaban de celebrarse en Madrid las asambleas de las Cámaras de Comercio convocadas por el Gobierno. En ellas se reflejó el espíritu de las clases productoras: conforme en todo con lo que nosotros en estas páginas hemos expuesto. En ellas se ha ratificado la gravedad del mal; y la necesidad de contenerle y repararle, por nuevos procedimientos radicales y decisivos.

El señor ministro de Fomento, allí mismo, representando al Gobierno, nos ha declarado que al fin de todo esto no vé mas que la banca rota y la ruina. Debiera de haber hecho confesión completa, añadiendo: y nosotros, los partidos políticos, somos los reos

de tanto desastre; y arrepentidos ya, nos declaramos impotentes para remediarle.

El exclusivismo de la escuela que representa el señor Moret, fué uno de los factores de esta suma de calamidades.

Terribles crisis como la que nosotros sufrimos se salvaron en Francia, Inglaterra y Alemania, á favor de la decidida protección arancelaria.

Todos sabemos, que el poderío industrial de Inglaterra es el resultado de más de tres siglos de un régimen protector, aplicado con mayor energía y con mayor severidad que en parte alguna; que los Estados Unidos se han levantado en poco tiempo, á favor de los mismos principios, con tarifas de un 60 por 100, segun Jannet; y en algunos artículos hasta el 80, contra la mayor parte de todas las exportaciones europeas; que la industria azucarera en Francia, levantó 500 fábricas con 700 millones de libras por año, y un beneficio para el Estado de 100 millones de francos, también por la decidida pro-



tección arancelaria; que allí mismo, primero Mr. Thiers, y después el Conde de Duchatel, hicieron renacer á favor de la protección la industria linera, que ya se había perdido; nadie, por último, ignora que tres veces que en los Estados Unidos se aplicó el libre cambio, otras tantas se produjo el estancamiento en la industria, la penuria financiera, y la miseria en las clases que viven del trabajo; y las tres veces así mismo se reparó el mal por la aplicación de tarifas protectoras, que promovieron rápidamente la actividad industrial, la prosperidad en la hacienda y el bienestar en la población obrera.

Y con todas estas elocuentes lecciones; y concurriendo en nuestra patria, exageradamente, las circunstancias que los economistas Smith, Boscher y Carey, manifiestan que imponen un régimen proteccionista riguroso; todavía el señor Moret ni sus prosélitos se declaran vencidos. Reconociendo que la bancarrota nos amenaza; habiendo llegado ya los cambios con el extranjero al 22 por

100, hecho que en otro país hubiera producido una revolución; habiendo desaparecido el oro, y temiéndose que en breve se imponga el curso forzoso, por la desaparición también de la plata, nadie abdica de sus principios, ni se creen culpables: todos, lavándose las manos, se juzgan inocentes.

Funestas banderías que nos habéis arruinado; que intentáis proseguir vuestra obra demoledora, llenando de nuevo las Cámaras de personas que ván á defender sus propios intereses á costa del trabajo de los pueblos y de la ruina de la patria. Basta, basta: estáis condenados.

Ligas Agrarias; Cámaras Agrícolas, Industriales y de Comercio, levantáos; asociad enérgicamente á los productores todos. No perdáis el tiempo en discursos inútiles, que hay que obrar resueltamente. Levantaos como Lázaro, con fé, con amor, con caridad, con entusiasmo: reconcentremos nuestras fuerzas para conseguir la redención. Si no lo hacemos; si la molicie ó el miedo nos contiene....

mereceremos las humillaciones, las opresiones, las injusticias y desdichas que sufrimos. Y por este camino, los tiranos nos cargarán de cadenas, cual seres indignos de inteligencia, de libertad y de razón. Así en África y en Asia, grandiosas sociedades, civilizaciones espléndidas sucumbieron: así la sensualidad, el abatimiento, la indolencia, labraron un porvenir humillante para nuestros hijos. ¡Oh!, dándonos cuenta ya de nuestro deber, no consintamos tan gran vergüenza.



## La Liga santa.

¡Al combate por nuestra redención! Liga santa, será ésta que hoy proclamamos, porque luchamos por la familia y por la patria; porque nos inspira un ideal justo; porque los mismos que al amparo de privilegios, depravaciones y de abatimientos, satisficieron sus ambiciones y egoismos, contemplando el cráter encendido á nuestras plantas, aún esos mismos, anhelan ya áncora donde asirse, puerto donde salvarse, freno vigoroso que contenga la máquina social, al borde de revoluciones sangrientas, cual las que por menores causas estallaron.

A la Ligasanta, productores todos. El enemigo nos asedia; no es hora ya de hablar:

llegó el momento de combatir y vencer.

Cuantas asociaciones existan para el trabajo, y de nuevo se organicen, estended el acta, abrid el evangelio en que han de creer y jurar nuestros representantes.

Yo, el último de vosotros, me atrevo á proponeros una pauta: y perdonadme en gracia á mi deseo de excitaros á romper nuestras viejas costumbres, que nos condujeron á estos desastres.

Los que aspiren á representarnos en Cortes, Diputaciones y Ayuntamientos, para obtener nuestros votos, jurarán y firmarán los capítulos siguientes:

1.º No aceptarán cargos retribuidos por la Nación, ó por las grandes empresas, para sí ni para sus próximos parientes, y no tendrán negocios de ninguna clase con el Estado, durante el tiempo de aquella representación, ni en tres años después.

2.º Votarán inmediatamente la ley para la abolición de la contribución de consumos.

3.º Pedirán la amortización del 50 por

100 de las vacantes de los empleos públicos, militares y civiles; cerrándose desde luego las escuelas por las que se ingresa en las carreras, hasta que se haya obtenido la reducción del 30 por 100 de las actuales plantillas; exceptuándose el bajo clero, los maestros de escuela y la Guardia civil.

4.º Votarán la ley por la que, en tres años, quedarán reducidas todas las contribuciones al 50 por 100 de lo que hoy son, bajándose cada año el 16 por 100. Sólo en caso de guerra, se impondrán cuantos tributos fuesen entonces necesarios.

5.º Constituirán una junta para revisar los gastos de todos los Ministerios y de denunciar los abusos, inmoralidades y despilfarros que existen.

6.º Combatirán la existencia de Bancos privilegiados, que al fin monopolizan la riqueza y se convierten en usureros del Estado.

7.º Pedirán la reducción del 25 por 100 en los sueldos que excedan de 10.000 pesetas,

incluso la lista civil; y en los que no lleguen á 5.000, se decidirá si convendrá aumentarles el 25 por 100, luego que se haya conseguido la amortización de los cargos. Porque hemos de aspirar á tener los empleados necesarios, nada más; pero bien retribuidos, para contener la corrupción á que conduce muchas veces la necesidad.

8.º Votarán inmediatamente la ley, por la que se entregarán á la explotación infinidad de montes que nada producen. Atendiendo ante todo á favorecer al pobre, salvándoles de la rapiña de ricos y caciques, por medidas enérgicas y decisivas.

9.º Exijirán que toda la riqueza tribute en igual proporción, incluyendo los valores de la Deuda Pública.

10. Defenderán é impondrán el sistema decididamente proteccionista arancelario.

Nuestros diputados, senadores y concejales, jurarán ante todo amparar al débil contra los abusos de los altos poderes y de grandes empresas; y aspirando en justicia al

nombre de Padres de la Patria, hoy escarnecido, no consentirán que á instituciones como la Guardia civil, se la desprestigie en las capitales, convirtiéndola en cuerpo decorativo y de comparsas; ni tolerarán que el magisterio de la fe y de las letras, perezca de miseria en los pueblos, derrochándose en las ciudades lo que legítimamente les pertenece; ni permitirán por más tiempo esos crímenes inauditos, que con el dinero de las infelices mujeres que aceptan los niños desamparados, que con el dinero de los soldados que derramaron su sangre y perdieron su vida por la patria, se premien caballos y perros, ó se reparta entre caciques ó miserables corrompidos.

La necesidad de amputar inmediatamente el cáncer social, está reconocida hasta por los mismos enemigos que le produjeron. Todos los partidos políticos claman cuando están en la oposición por el rápido cauterio de los abusos, de los atropellos y de los despilfarros. Ahora, los conservadores deman-



dan el remedio; como antes en la oposición lo pedían los actuales gobernantes. Y unos y otros, y todos, llegados al poder, se clavan como pulpos feroces en el presupuesto de la patria olvidando sus promesas y propósitos; satisfaciendo ambiciones, vanidades y concupiscencias.

Demostrado ya hasta la saciedad, que los partidos políticos, causantes de nuestra ruína, por sí mismos son impotentes para reconstituir lo que demolieron, nosotros, hombres honrados, productores todos, unidos en esta Liga santa que proclamamos, reconstituiremos la familia y la patria por una Administración justa y económica; protejiendo el trabajo, amparando la desgracia y la virtud, persiguiendo el crimen, el vicio, las usurpaciones, hasta en los alcázares y los palacios; hasta en los templos del arte, de la ciencia y del dinero.

Si queréis ejemplos para alentaros: ahí tenemos Suiza, constituida ahora mismo en poderosa liga para combatir la opresión co-

mercantil de Francia; Francia é Italia, tienen ya agrupaciones potentes que representan á la producción y al comercio, bajo la base de la riqueza agraria. Ese partido, en Francia, fué el que logró cerrarnos allí los mercados á nuestros vinos, é influyó no poco en descubrir los crímenes de Panamá. Ese partido, hoy extrema su oposición á nuestros vinos, pidiendo nuevos recargos en los aranceles. En Alemania las clases agrarias están organizadas mejor que en ningnna parte del mundo, para favorecerse y ampararse, contra las exigencias de aquella Administración semiautocrática. El crédito agrícola, funciona en todas las regiones sostenido por asociaciones mútuas, sin que deban nada á la Administración pública. En Portugal, hoy mismo se constituye una Liga de Redención, así se llama, que combatirá exclusivamente por las economías, la moralidad y el orden.

Si los efectos demoledores, de ese oficio ó industria privilegiada, en que degeneró la

política, se nota en todas partes, en ninguna como en España.

No hay otro remedio que la organización vigorosa contra los falsarios de la política, y llegando así á la revolución agraria, á la revolución económica, que, por esta liga santa proclamamos, podremos salvarnos de la revolución sangrienta que amenaza arrastrar los fundamentos sociales.

La intranquilidad, la desconfianza y el abatimiento en que vivimos, no puede durar más tiempo. Por nuestros esfuerzos y nuestra unión, produzcamos la luz sobre este caos de miserias y usurpaciones que nos envuelve, y consigamos así el reinado del orden y de la justicia; que la civilización y el progreso solamente en esto pueden consistir. No en esa exuberancia de riquezas: no en esa obstención de fuerzas y de poderes acumulados, que aunque les exorneis de brillantes oriflamas, son tiranías inícuas, usurpaciones infames que provocan odios y venganzas, el anarquismo y la muerte.

## CONCLUSIÓN

Cuando lleguen á vosotros pobres labradores, industriales, productores, estas páginas escritas con sangre del alma, con nerviosa convulsión de naufrago que lucha por alcanzar el puerto que en lontananza descubre, ya habré sido, sino relegado al desprecio, condenado por los elementos sociales que de un modo ó de otro participan de este festín con vuestras miserias y dolores amasado. Ya seré combatido, hasta por las mismas clases, que incrédulas ó ilusas, no consideran que son las más interesadas en alcanzar vuestra redención.

¿Qué importa, si recibís vosotros mis palabras como bálsamo refrigerante de la sed

de verdad y de justicia que os abrasa? ¿Qué importa, si llegan á vuestro corazón, como fresca semilla que cultivada por hombres superiores, algún día fructifique?

Hace mucho tiempo que en periódicos, libros y folletos, sostengo la bandera del progreso moral como base precisa del progreso material y político; y en esta lucha, en días críticos como los presentes, siete meses de presidio me impusieron.

A poco, caia desecho el régimen político que así me condenaba.

Cito este hecho, solo para demostrar, que ahora como entonces, mis palabras son lamentos, ayes, rugidos de un pueblo que quiere levantarse de las humillaciones y miserias á que le someten los falsarios de la política; solo para demostrar, que mis palabras, despreciadas ó condenadas, ahora como entonces, expresan sentimientos de verdad y de justicia; las aspiraciones de un pueblo grande, heróico y generoso, que se redimirá por el trabajo, la fé y la virtud.

Evoquemos ya de nuevo el astro de nuestras esperanzas, y terminemos estas pobres páginas.

El señor Gamazo, allí está sobre el pináculo, nosotros le rodeamos demandando justicia. España le contempla anhelante. Cual Mendizabal de súbito destrozó entre sus manos privilegios, usurpaciones, tiranías de la aristocracia, del clero, de las instituciones poderosas; así es hora ya de triturar y aniquilar la empleomania, el militarismo, los atropellos de estas asociaciones, cuyos privilegios son más ominosos que los que el año 20 concluyeron.

El señor Gamazo no debe esperar más tiempo. Combatirá, rasgará súbitamente tantas usurpaciones: y si no logra destruirlas, si no puede ser un Mendizabal, será un *Chamberlain*. Y abandonando su puesto, como este ministro inglés lo hizo, vendrá á nosotros para conducirnos á la victoria.

Las asociaciones fundadas por aquel ministro inglés, consiguieron ya su triunfo.

---

La primera ley agraria por ellas propuesta, está en vigor: los terrenos usurpados á los municipios por los particulares, serán divididos en lotes y repartidos entre los trabajadores, que ocuparán una posición intermedia entre la de los propietarios y la de los arrendatarios ó colonos.

En todas partes, las clases agrarias se organizan para la defensa. Solo en España yacen inicuamente humilladas.

A la organización y á la lucha resuelta enérgica y decisiva; que con valor y confianza se consigue el triunfo, cuando como á nosotros nos ampara la razón y la verdad.



## APÉNDICE.

---

### ÚLTIMAS PALABRAS.

---

Al terminarse la impresión de las precedentes páginas, esperamos unos días ántes de darlas al público, para juzgar al Gobierno, por los actos y resoluciones que se anunciaban.

No podemos esperar más tiempo. Algunos decretos que se acaban de promulgar, servirán para nuestras últimas consideraciones y raciocinios.

El ejército se reorganiza bajo la base de la reducción del contingente activo; que no sabemos si producirá economías positivas:



pero las escuelas de oficiales se multiplican: se facilita el ingreso, reduciéndose el tiempo de estudios. Hemos visto que lo realmente necesario es, que cerrasen las escuelas por algunos años. Único medio de mejorar la situación triste de tan numerosa oficialidad, como lo exigen la lógica, la razón, y la conveniencia. Esos decretos que no han satisfecho ni aún á los partidarios del militarismo; á las clases productoras, que pedimos economías, orden y moralidad, tampoco nos han podido satisfacer.

El señor Moret, ha puesto en vigor el decreto sobre reivindicaciones de montes al Estado, que se promulgó en 1883. Creemos que de acuerdo con el señor Gamazo, debe ser ese decreto, de nuevo promulgado, preparación de algún otro sobre montes, que acaso favorezca á los pueblos, conteniendo á permitir las roturaciones; quedando garantizada la propiedad del Estado mientras no lleguemos á la desamortización completa.

Sobre el último decreto del señor Gama-

zo, para perseguir la riqueza oculta, nos ocuparemos también brevemente.

A no dudarlo, muy luego publicará el complemento de ese decreto. El señor Gamazo, reconoció mil veces la necesidad de aliviar la situación triste de las clases productoras, y especialmente de la clase agraria; reconoció mil veces, que hay muchos gastos injustos, innecesarios, inmorales, provocadores, irritantes. Pues al decreto para perseguir y castigar la riqueza oculta, seguirán inmediatamente, los decretos necesarios para perseguir y reprimir *el despilfarro oculto y visto*. El señor Gamazo, sugetará al empleado público, á lo que nos debemos sugetar todos en el comercio de la vida; á que gane el sueldo que se le dá, trabajando con laboriosidad é inteligencia. Con estos decretos, proclamando que la nación no puede pagar mas que á los empleados que ganen el sueldo justamente, como el obrero, el artista, el médico, el mecánico, después de eliminar así todo lo injusto, lo inmoral, y lo innecesario, enton-

ces, muy pronto, el *déficit* constante sostenido por aquellas causas, en el Erario público, se tornará en *superavit*: y así, el decreto de la rebaja de tributos, podrá promulgarse enseguida.

Los propósitos del señor Gamazo, seguramente no serán otros; pues que si en el decreto de la investigación de la riqueza se detuviese, resultaría, que el que un día fué proclamado como égida, amparo, y protector de las clases productoras, sería su verdugo.

Hasta aquí la Administración, ya que inmoral é injusta, fué tolerante, y no estremaba el cumplimiento de la ley sobre la tributación. El señor Gamazo crea en su decreto último la fiscalización severa de la propiedad y de la riqueza: esa fiscalización, en la forma decretada, puede ser un peligro para el fomento de la producción y la riqueza.

Habrá muchos, que sin saber trabajar, ó acaso criminales, se dediquen á esplotar esos recursos que les dá la ley: y algunos igno-

rantes ó cobardes, ante el temor de verse delatados, aunque sepan que en nada delinquieron, antes de sufrir las molestias que una delación reporta, se entregarán al delator, criminal.

Confiemos, pues, en que el señor Gamazo, entusiasta y decidido protector de las clases productoras, desde el sitio que ocupa, con los decretos que á no dudarlo promulgará en breve, ha de cumplir cuanto exige la moralidad y la justicia.

Empero, si nuestras esperanzas fueran defraudadas, no nos desalentemos. Allá, en otros tiempos, tambien los pueblos y las aldeas sufrían en España como ahora, por la opresión de las ciudades, de los ricos y magnates, de los príncipes y reyes. Súbita explosión encendió á los pueblos contra aquellas tiranías; y despues de rudísima y empeñada lucha, al fin, los que sostenían la causa de la justicia y de la razón fueron.... vencidos.

¿Qué creéis, que el suplicio y decapitación de Padilla, Bravo y Maldonado, en la

plaza de Villalar, ahogó el sentimiento de justicia y de verdad que les alentaba? Nunca: su sangre fué ardiente volcán que enardeciera aquellas generaciones sometidas al despotismo: y la civilización, y el moderno progreso, allí, sobre aquel cadalso, germinaron.

Así, si hoy nos persiguen ó atormentan, á los que clamamos por la revindicación, la prosperidad y el engrandecimiento de la patria, por la protección del trabajo, persiguiendo á la inmoralidad en todas las esferas, aceptemos resignados humillaciones, atropellos ó martirios: serán fécula y esencia que fortalecerá á los que nos han de proseguir para conseguir el triunfo.

Agricultores: productores todos, que solo pedís condiciones amplias, y justas, para proseguir vuestra vida en el trabajo, si estáis arrastrados en el torbellino de los partidos políticos, si os dejásteis seducir en sus halagadoras promesas, romped esas trabas; sabed, que el único partido posible de redención, es

la unión de los que trabajan contra los que viven de la indolencia, de la falsedad y de la corrupción. Sabed, agricultores é industriales, sometidos al poder de los partidos que nos condujeron á la ruina, que por la unión, podemos regenerarnos sacudiendo aquel yugo que nos atormenta.

Apelemos, ya, á los procedimientos, por los que, en la vida moderna, los grandes fines se realizan.

Exposiciones: manifestaciones: imposiciones.

*Exposiciones:* inmediatamente todos los pueblos pedirán por escrito la roturación de los montes, donde los hubiese, en condiciones de cultivo; la abolición de la contribución de consumos; más las economías en la forma que manifestamos en los capítulos precedentes.

*Manifestaciones:* Después de las exposiciones escritas, recurramos á las manifestaciones públicas. El 1.º de Mayo todos los pueblos, harán solemne manifestación de aquellas aspiraciones. El 1.º de Mayo es una

---

gran fecha para hacer comprender á la Administración que somos las fuerzas vivas capaces á obrar siempre, como lo exija la salvación de la patria; á destrozar usurpadores extranjeros; á derrumbar tiranías interiores.

*Imposiciones:* Si no bastan las imposiciones á nuestros representantes en el Parlamento para que voten y consigan cuanto juzgamos necesario y justo, entonces... aquellos procedimientos enérgicos que sirvieron tantas veces para sacrificarnos, servirán ya una vez, para redimirnos y regenerarnos.

---

Concluyamos convenciendo á los que nos juzgan locos-ó apasionados: como última prueba de la necesidad de remedios enérgicos para nuestras desgracias, transcribiremos la magnífica declaración, que hoy 15 de Febrero, hace *El Liberal* en la columna tercera, de su primera plana. Dice así:

«*Nuestros hombres políticos, la mayoría de*

los cuales carece de programa, y que cuando por casualidad lo tienen y llegan con él al poder, no se cuidan más que de abandonarlo ante el temor de que broten de su seno las siete plagas de Egipto, harían muy bien en utilizar la enseñanza que les proporciona en esta ocasión el ilustre político inglés.

*Aquí, por captarse la benevolencia de algún disidente amenazador, cualquier jefe de partido vuelve del revés su política, que en definitiva no tiene más rumbo que el que le señala el deseo de agrupar, de buena ó mala manera, á un número determinado de hombres influyentes, sin preocuparse nunca ni para nada de lo que quiere el país».*

¡Soberbia fotografía de nuestros hombres públicos!

¡Y estos hombres, dignos de execración, de castigo y vilipendio, son los que rigen la nave del Estado!

¡Ay de la patria! ¡Ay de los pueblos sometidos á esas tiranías de la ignorancia, de la apostasía, y del crimen!



¡Oh! ¡Qué gran satisfacción experimenta el oscuro escritor, cuando sus acusaciones y anatemas, cuando sus atrevidos juicios, se comprueban, de este modo, por declaraciones arrancadas por la fuerza de la verdad, á los mismos elementos sociales que combate!





# ÍNDICE

---

	<u>Pag.</u>
INTRODUCCIÓN.....	5
<i>El engrandecimiento de las capitales y la ruina de los pueblos.....</i>	13
<i>La Agricultura y la cuestión social.....</i>	24
<i>La roturación de los montes y el progreso Agrícola.....</i>	28
<i>El crédito Agrícola.....</i>	45
<i>La riqueza oculta, y despilfarro oculto y visto.....</i>	52
<i>Las revoluciones sangrientas.....</i>	67
<i>La contribución de consumos.....</i>	72
<i>Otro inicuo despojo á la Agricultura.....</i>	82
<i>Los reos causantes de nuestra ruina.....</i>	86
<i>¡A la lucha!.....</i>	94
<i>Las Ligas Agrarias y el Sr. Gamazo.....</i>	100
<i>La revolución Agraria.....</i>	116
<i>Las Cámaras de Comercio.....</i>	123
<i>La Liga santa.....</i>	128
<i>Conclusión.....</i>	136
APÉNDICE.— <i>Últimas palabras.....</i>	140

## ADVERTENCIA

---

Por acudir á la siembra de patatas y al trasiego de vinos, el autor tuvo que abandonar la corrección de pruebas. Así hay algunas equivocaciones en el libro, siendo las más principales las siguientes:

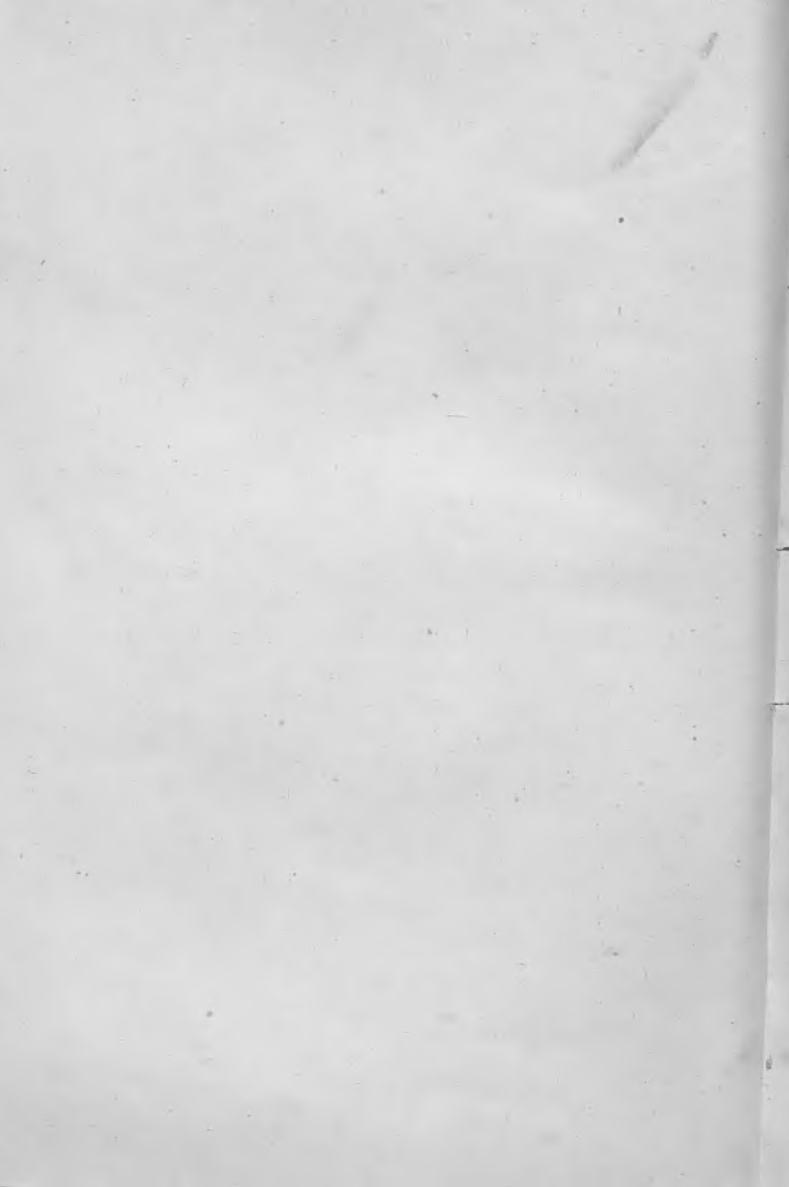
Página 17. Se dice: «la columnata de Ventura Rodríguez». Debe decir: «la columnata de Villanueva».

Pág. 40. Dice: «es posible que de dominio particular existan más de cuarenta millones». Debe decir: «más de cuatro millones».

En la misma, dice después: «cuarenta millones de hectáreas». Debe decir: «millones de hectáreas».

Pág. 104. Dice: «de los Bosch, de los Palmers». Debe decir: «de los Rostchils, de los Pereires».







El precio de esta obra que es 1 peseta 50 céntimos, en las ciudades, será en los pueblos 75 céntimos.

Todas las cámaras agrícolas, industriales y de comercio; y sociedades para el fomento de la producción, recibirán gratis varios ejemplares.

## OBRAS DEL AUTOR

El arte románico bizantino en España.—Primer premio en los juegos florales de Valladolid de 1882.

Alemania: Causas de su preponderancia y engrandecimiento.

Los voluntarios de la Isla de Cuba.

Bosquejos artísticos arqueológicos.

El 1.º de Mayo (drama social)

## EN PRENSA

El Diputado incipiente. (Sátira dramática.)

Los anarquistas blancos. (Drama social.)



**COLOMBI  
G**